

REPUBLICA ORIENTAL del URUGUAY
PALACIO LEGISLATIVO • BIBLIOTECA



CARLOS BRAZEIRO

ACUARELAS DE MI TIERRA

SERIE DE
TEMAS NACIONALES 4

MONTEVIDEO 1978

EL AUTOR

CARLOS BRAZEIRO, nació el 2 de abril de 1903 en Paso de León, 4a. Sección del Departamento de Artigas.

Maestro rural por vocación, nunca quiso actuar fuera de su Artigas natal, porque entendió que a él se debía y allí era donde su labor sería más provechosa.

Durante 27 años -de 1924 a 1951- dirigió las escuelas ubicadas en los parajes rurales de Patitas, Topador, Paso de León, otra vez Patitas, Rincón de Tres Cruces y Tamanduá, complementando su tarea docente con la cátedra de Historia de la Escuela Uruguaya, en el Instituto Normal de Artigas, profesor de Ciencias Geográficas en el Liceo Departamental e integrando comisiones examinadoras y labores inspectivas al acompañar a Inspectores en giras departamentales.

En su calidad de afiliado de la Asociación de Maestros de Artigas, integró durante años, y en calidad de Tesorero, sus cuadros directivos. Intervino en varios Congresos de Maestros, donde tuvo importante actuación, en especial en los realizados sobre la Escuela Rural, en el Ateneo de Montevideo, donde presentó un trabajo titulado "La Escuela Rural frente al problema de la producción agraria", incluido en la nómina de los se-

REPUBLICA ORIENTAL del URUGUAY
PALACIO LEGISLATIVO · BIBLIOTECA

ACUARELAS DE MI TIERRA

CARLOS BRAZEIRO

185147

SERIE DE TEMAS NACIONALES 4

PALACIO LEGISLATIVO

Autoridades

Director de los Servicios Administrativos

Coronel JULIO CÉSAR FARAONE

Sub Director

Teniente Coronel KEGAM LUSARARIAN

Director de la Biblioteca

Señor RUBEN A. BULLA

Esta publicación integra
la Serie de Temas Nacionales con el número 4.

Realización de la División Publicaciones de la Biblioteca del Poder Legislativo, bajo la dirección de Wilfredo Pérez.

Carátula y diagramado:

Miguel González Cámpora.

DEDICATORIA

A todos los orientales en los 250 años del proceso fundacional de la ciudad de Montevideo.

CARLOS BRAZEIRO

P R Ó L O G O

La Serie de Temas Nacionales que viene publicando la Dirección de los Servicios Administrativos del Poder Legislativo, se ve enriquecida con una obra de Carlos Brazeiro, maestro rural de larga y proficua actividad docente y verdadero cultor de las bellezas del campo y sus tan variados como sorprendentes moradores.

"Acuarelas de mi Tierra" son un tema nacional. No caben dudas. Porque a través de la avezada pluma del autor se deslizan realidades campesinas expuestas con ese amor que profesa a todo lo autóctono, a todo lo que es y pertenece a la Patria. Y lo hace con un tan amplio como conmovedor sentido de las cosas positivas -únicas valederas en la vida humana- que convierte sus páginas en una clase más de sus aulas rurales. Con docencia traduce en sobrias pinceladas lo que absorbieron sus cinco sentidos en sus largos años en el campo, a lo que agrega una extraordinaria gama de conocimientos del medio, de su flora y fauna, con la certeza de quien ha vivido y bebido en tan magno escenario, desde su infancia.

Los ceibos, las cinacinas, las pitangas, los algarrobos, los sauces, el ombú, coronillas y espinillos, el clavel del aire, la flor de la oración, donde anidan y se posan las tijeretas, los cardenales, las cachilas, los horneros, los chimangos, motivan su prosa que, por sencilla, es espléndida. A ello se agregan escenas típicas de la campaña, con tiros de lazo, cabalgatas, carretas y mateadas, junto a los monteadores, chasques y areneros, o la pesca en los arroyos, de dorados, tarariras y de algún gigantesco surubí, con la descripción del

martín pescador tras una mojarra o una boguita.

Con estas páginas, el hombre de campo tendrá cálidos recuerdos que permanecen vivos en su ser y le acompañan en todo el tránsito por la vida, mientras el hombre de la ciudad tomará contacto con una realidad que, no por serle esquiva deja de gustarle y ansía conocer.

Pero, además, estas "acuarelas" de Brazeiro son material precioso para los escolares, verdaderas lecturas escogidas. Porque darán al niño de campo fiel reflejo de lo que él ha visto y conoce o de lo que ya tiene oído y al niño de la escuela urbana lo pondrán al tanto de verdades ciertas de nuestra tierra, que no están, generalmente, a su alcance.

Muchas son las razones que permiten insertar la obra en la Serie de Temas Nacionales, pero si no las hubiera, esta última basta y sobra para justificar la publicación. Porque es necesario inculcar a los escolares las cosas de nuestra Patria. Y Carlos Brazeiro lo hace con sencillez y cálida prosa, compatibles únicamente con profundidad de conocimientos, alta docencia y amor al terruño.

Wilfredo Pérez

INTRODUCCIÓN

Nuestra bendita tierra uruguaya irradia belleza hacia los cuatro puntos cardinales.

En campos, lomas, sierras, mar, playas, ríos, arroyos, se prodiga incansablemente.

Difundida por escritores y poetas, no ha sido, sin embargo, conocida y valorada en su verdadera magnitud.

Mi propósito, al escribir estas páginas,es mostrar otros aspectos, los más humildes si se quiere, los que menos han impresionado al turista y al viajero.

Ellos también aportan su cuota, muestran un perfil casi desconocido; pero que, en forma indudable, se integran al conjunto grandioso de nuestras bellezas naturales.

Es así que he tomado del paisaje la nota que suele pasar desapercibida; de la fauna ornitológica, los individuos que menos se destacan; pero que, bien observados, son capaces de mostrarnos facetas por demás interesantes.

Busco la belleza en la melancolía de una tapera; en las tardes plenas de una dulce tristeza cuando el invierno presenta la inclemencia de sus heladas; en el ombú solitario; en la labor fecunda del obrero y en la generosidad e hidalguía del campesino que, paciente y patrióticamente se afana con la esperanza de mejores días para su familia y para la Patria.

Ignoro si me será posible alcanzar la meta anhelada.

Para lograrla plenamente, sería necesario, imprescindible, obtener un paralelismo ideal entre la capacidad de expresión y la intensidad del sentir.

Juzgo altamente dificultosa la tarea.

Procuraré realizarla vertiendo en ella lo mejor de mis pensamientos.

Pretendo alcanzar a nuestra juventud, un noble material. Noble porque está inspirado en el amor al terruño y en el entrañable afecto que profeso a la tierra de Artigas y de Varela: nuestra Tierra.

C.B.

1

C E I B O S



CEIBO

Símbolo de la Escuela Uruguaya, el ceibo ostenta la roja belleza de sus flores en todo el territorio Nacional; pero donde despliega toda su esplendorosa gallardía es a orillas de ríos y arroyos.

Árbol ornamental por excelencia, su grata presencia es frecuente en parques y jardines.

Aunque su desarrollo es más bien lento, llega con los años a formar una hermosa copa con hojas grandes que brindan sombra, belleza y frescura.

La infloración abundante y perdurable, atrae gran cantidad de colibríes, abejas y mariposas que, en continuas y graciosas evoluciones aumentan el encanto que produce la contemplación de este don de la Naturaleza.

Nos recuerda, con su color rojo vivo, la sangre generosamente vertida por los orientales de épocas históricas defendiendo libertades e ideales.

Esta impresión se hace más vívida cuando las flores, al marchitarse, dejan caer los grandes pétalos que poco a poco van cubriendo el terreno circundante con una alfombra de aterciopelado carmesí.

La generosidad del ceibo no se siente colmada con la ofrenda de sus soberbias flores; se acrecienta con la utilidad de su madera que permitió a nuestros aborígenes construir sus piraguas de una pieza.

La emplearon y aún la emplean nuestros gauchos en obras de rústica artesanía hogareña, y se brinda en forma maternal permitiendo a los chicos campesinos practicar natación valiéndose de su flotabilidad extrema, a manera de seguro salvavidas.

También auxilia al pescador proporcionando material adecuado para la preparación de boyas, necesarias en redes y aparejos.

El ceibo ofrece belleza y utilidad.

¡Hermoso y noble destino!

2

CACHILAS

Humilde, modesta, insignificánte, la cachila es el pájaro amigo y compañero del escolar rural.

Vestida con su trajecito descolorido, saltando o desplazándose en breves voladas, con su cantito intrascendente, casi en sordina, acompaña y distrae al escolar que, con paso cansino, a pie o a caballo soporta los rigores del sol de estío al regresar de su viaje cotidiano al templo del saber.

Con las alitas y el piquito abiertos, agobiadas por el calor, busca en vano un refugio que la preserve de los rayos de fuego que sin piedad envía el Astro Rey en prueba de su poder omnipotente.

No teme, como otras aves, a las personas. Les permite aproximarse casi al alcance de la mano. Sólo se aleja para evitar ser atrapada. Ama demasiado la libertad para dejarse aprisionar, aunque el móvil del acto sea únicamente hacerle una amorosa caricia.

Suelen llamarla corre camino, pues a medida que avanza el viajero, ella hace lo propio por largos minutos hasta que, juzgando que se ha alejado demasiado, regresa a su habitual apostadero. Generalmente en las proximidades está, en el suelo, su nidito conteniendo hasta cuatro huevecillos de color gris verdoso con pintas rojizas.

Aparece un nuevo viajero. La cachila, cortés, entre graciosos saltitos, vuelos cortos y rasantes y trinos de bienvenida, reinicia su peregrinación, que repite indefinidamente.

Es amable y simpática. Produce una dulce y placentera impresión su preocupación constante por el viajero. Gracias a ella, no se siente tan solitario: disfruta de su compañía que, al distraerlo, acorta distancias y alegra el espíritu.

Aprendí desde mis lejanos días de escolar rural, a amar y admirar las dulces cachilitas, ángeles buenos, desinteresados amigos que animan nuestra soledad viajera sin obtener ninguna clase de recompensa. Se la brindo, aunque tardíamente, proclamándola símbolo de la amistad y la simpatía.

He conocido personas como las cachilas, humildes y desinteresadas, pasan su oscura existencia brindándose en aras de una amistad pocas veces correspondida. Reciben con frecuencia, a cambio de su extrema bondad, un trato desconsiderado, tal como ocurre desgraciadamente algunas veces: niños incomprensivos arrojan una piedra a la noble cachilita, simplemente porque aún no han comprendido la parte más noble y bella de la vida: la amistad y el desinterés.

3

T A P E R A



TORDO

(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

Es lozana y riente la belleza de las campiñas uruguayas. La sinfonía del verde se manifiesta en todas sus tonalidades: desde el pálido verdor del trigo recién germinado, hasta la franja oscura que indica desde lejos la presencia de un monte.

El ganado disperso pone una nota de color y movimiento en la inmensidad esmeraldina. Las cañadas muestran su sonrisa en la claridad de sus límpidas aguas espumosas al deslizarse con suave murmullo formando diminutas cascadas. Mil flores silvestres adicionan su colorido a la verde alfombra.

Todo es alegre y hermoso. El viajero se posesiona visualmente de tanta riqueza acumulada en color y armonía bajo la cúpula azul y brillante de un cielo sin nubes...

De pronto, donde menos se espera, surge la nota melancólica. Es una tapera que alterando el paisaje, impone un dejo de tristeza en la mirada. Se ven árboles vegetando sin cuidados, con ramas secas y rotas; multitud de yuyos crecen vigorosos donde antes existió un huerto floreciente. Algunas veces perduran restos de paredes, albergue de zorrinos, lagartos y comadrejas.

Alzándose sobre este panorama de desolación el imponente ombú, señalador de rumbos, ofrece su presencia soberana y gallarda desafiando al tiempo que transcurre inexorable. No para él, pues sólo el rayo logra alguna vez abatirlo. Pero como el Anteo mitológico, caído y desarraigado, al contacto con la madre Tierra resurge prestamente y continúa exhibiendo su solitaria e inconfundible silueta.

Aves de rapiña anidan en los árboles semidestruidos, mientras que las tijeretas y los tordos hacen un común hogar en las ramas que aún se mantienen cubiertas de verdes hojas.

No todo es silencio y tristeza. El hornero construye allí, con habilidad proverbial su hornito de barro. Desde la puerta de su casa, saluda con voz estridente la llegada de cada día, coreado por los dulces silbidos de las viuditas que parecen decir: ¡Ya es de día; ya es de día...!

Subsiste el último horcón de los que antaño sostuvieron el rancho, ahora inexistente. Desde su cima, una lechuza meditabunda y solitaria, contempla el panorama con sus grandes ojos que le permiten divisar el ratón que sale cauteloso de su escondrijo. Emprende el vuelo silencioso, planea un segundo sobre la víctima indefensa y dejándose caer en rápida picada, la aprisiona prestamente. Ya tiene listo el desayuno para sus polluelos que la esperan con los picos abiertos a la puerta de la cueva.

Esta es una de las notas que puede captar la persona que sabe mirar y comprender la verdadera expresión de cada cosa en la actividad constante de la Naturaleza que no se detiene jamás.

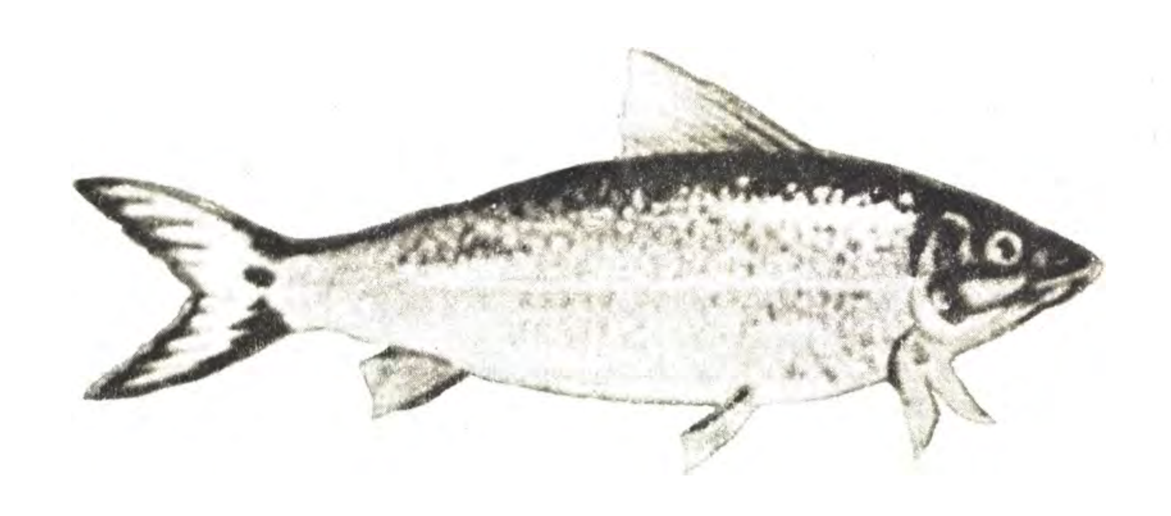


HORNERO

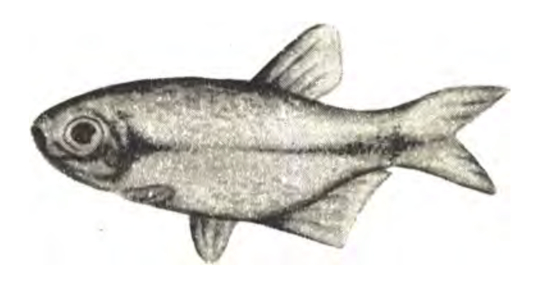
(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

4

A R E N E R O S



BOGA



MOJARRA

(Ilustración Miguel González Cámpora)

1851

Es un amanecer estival. Con su manto de tul turba la tenue niebla la claridad de la sinuosa y plateada cinta. Es la corriente del río Cuareim que canta su eterna canción de luz y de murmullos.

Las irisadas gemas que son en ese instante las gotas de rocío, brillantes y esplendorosas, se disipan rápidamente sorbidas por los fulgurantes rayos que envía Febo en cálida ostentación de poder.

En la tranquilidad mañanera un martín pescador, posado en una rama, acecha una presa. Desciende repentina y rápidamente; rompe el cristal de las límpidas aguas y se alza con una mojarra que vanamente se debate al sentirse sujeta por el fuerte pico.

Plata en el agua, plata en la lámina viva del pez diminuto aprisionado en la inexorable tenaza del plumífero pescador.

Más allá el agua se encrespa y surge de la profundidad la negra silueta de un biguá. Contorsionando su largo cuello en cómicos movimientos intenta tragar la boguita que ha logrado capturar.

De repente vuela el martín pescador; el biguá se aleja en prolongado buceo y el idílico silencio se rompe.

¿Qué ha sucedido?

Una cuadrilla de areneros, llevando como única indumentaria un "short" desteñido, llega por la picada. Arrojan a la

playa sus enseres de trabajo: palas, zarandas, cajones.

Se disponen a iniciar la labor cotidiana. Durante varias horas, con el agua a la cintura, con movimientos ordenados, rítmicamente esgrimen unos las palas, otros toman la zaranda a la que imprimen un movimiento de vaivén. Así lavan la arena que se va depositando en los cajones.

Cuando están con su capacidad colmada, los transportan entre dos, con paso firme, los pies descalzos, hasta un sitio accesible para los camiones que ya empiezan a llegar, para conducirla hasta las obras en construcción.

Hay una plástica belleza en este trabajo rudo y penoso. Es un cuadro digno del pincel de un artista. En primer plano las negras barrancas; allá en lo alto el espeso monte ostentando su verdor; abajo la claridad de las aguas rumorosas y la blancura de la arena, se complementan con la figura de los trabajadores casi desnudos, permitiendo contemplar su perfecta musculatura y el hermoso color bronceado de la piel, adquirido, no en la molicie de los playeros baños de sol, sino en la faena tenaz y sacrificada que produce riqueza y bienestar.



MARTÍN PESCADOR

(Reino Animal N°9. Edit.Ramón Sopena S.A.)

5

C H I M A N G O S



CHIMANGO

(Catálogo de Aves Uruguayas,Museo Dámaso A. Larrañaga)

Recorriendo nuestras dilatadas campiñas, es bastante común ver alguna de estas simpáticas aves posada sobre el lomo de un buey o de una vaca, ocupada en despojarlos de las molestas garrapatas, con las que se alimenta.

Hacen con esto obra benéfica eliminando grandes cantidades de parásitos que perjudican a los ganados y son, muchas veces, agentes vectores de una grave enfermedad de los bovinos: la tristeza.

Destruyen además numerosas orugas y gusanos que causan a la ganadería y a la agricultura, perjuicios importantes.

También se encargan de limpiar los campos de restos de animales muertos, cumpliendo de este modo, útil tarea de higiene ambiental.

Su voz, entre canto y silbido, tiene un tono casi lastimero, aunque no desagradable. Su vuelo es lento, realizando cortos desplazamientos, sin alejarse de la proximidad de las casas, corrales y rodeos.

Ayudado por su vista y su olfato, altamente desarrollados, acude prestamente donde haya una "cuereada" o una "carneada", dejando oír su voz como expresión de agradecimiento por el festín que se dará tan pronto quede libre el sitio, realizando su labor de limpieza.

Criado en domesticidad es muy manso y conoce a sus dueños. Es grata su presencia en la casa y en el campo, donde habita generalmente. Pocas veces se les ve en los montes.

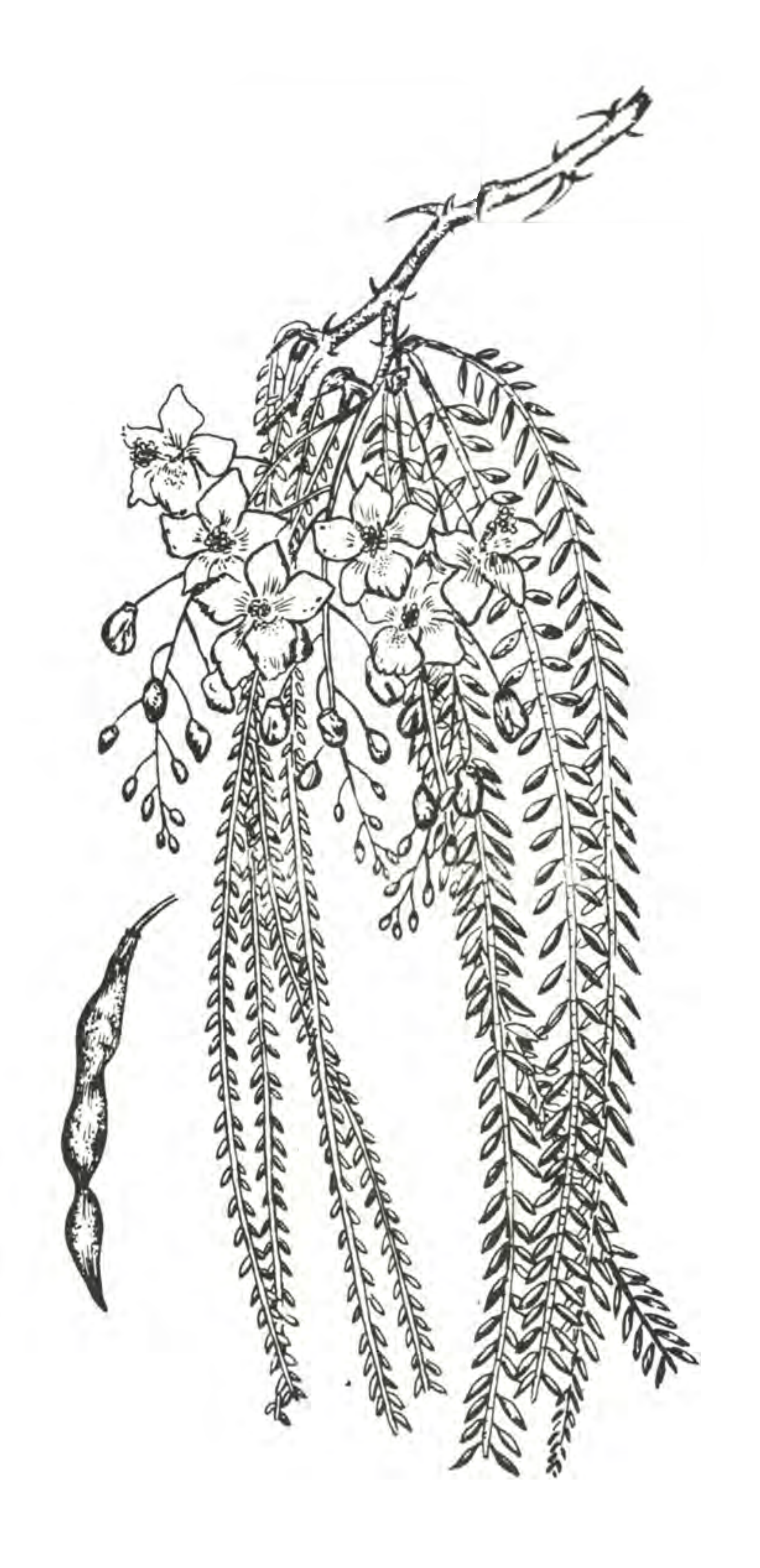
Si es discutible la utilidad que puede producir la destrucción de águilas,caranchos, halcones y demás aves de rapiña, no puede de ninguna manera serlo cuando se trata de los chimangos.

Ellos jamás persiguen una presa viva. No son ariscos y gustan de la vecindad del hombre. Se inclinan a sentirse amigos de éste, aunque con la natural desconfianza a que los obligan desaprensivos tiradores que toman muchas veces como blanco de sus disparos a esta ave autóctona, digna como la que más, al respeto y consideración de quienes sólo recibimos de ella beneficios que, lamentablememete, no son agradecidos en la forma que merecen, pues son sumamente útiles y totalmente inofensivos.

Para expresar la inutilidad y crueldad de un acto, nuestros campesinos emplean el siguiente refrán: "Es como gastar pólvora en chimango".

6

C I N A C I N A S



CINACINA

(Dibujo por Miguel González Cámpora - Fuente:Flora Arbórea y Arborescente del Uruguay, de Atilio Lombardo)

Plantadas por los pájaros o por el viento, varias hermosas cinacinas crecieron lozanas al borde del camino, como una bendición para el viajero.

Su aislamiento, brindándoles sobrado espacio, les permitió desarrollarse en forma poco común. La amplia copa, de fuerte ramazón, cubierta de millonarias cantidades de hojas minúsculas, protege del calor irradiado por el sol estival, mientras la brisa al moverlas, deja oír un susurro suave y adormecedor que invita al reposo.

Colocadas por el azar en medio de una extensa llanura, lejos de montes y aguadas, pero próximas a un manantial de agua fresca y cristalina, se convirtieron a través de los años en estación casi obligada por el jinete viajero, el tropero y el carretero. Encuentran en aquel oasis de frescura y de verdor, el descanso reparador exigido por horas y horas de marcha bajo la canícula despiadada y agotadora.

Allí, en improvisado fogón, se calienta el agua para el infaltable mate amargo mientras el asado de carne de capón lentamente se dora impregnando el aire con su olor apetitoso.

En el manantial cercano se enfría el frasco del aperitivo para "asentar el verde" y acrecer el apetito en proporción al gran costillar que será saboreado con fariña y rica galleta de campaña...

Yo también disfruté en mi juventud la dulce frescura de su sombra cimarrona; me adormecí en prolongadas siestas tendido en el recado, mientras mi caballo reponía fuerzas paciendo

en forma incesante la verde y abundante gramilla que crecía en el lugar.

El sombrero puesto sobre los ojos constituía la defensa necesaria contra moscas y tábanos, así como de un inoportuno rayo de sol que lograba con dificultad filtrarse a través del tupido follaje.

Enorme cantidad de florecillas amarillas con un punto rojo en el centro ornaban delicadamente el árbol benéfico.

Mientras el sueño reparador llegaba lentamente, era placentera la visión ilusoria de que en la lejanía corrían aguas abundantes y cristalinas, mientras el pastizal mágicamente se convertía en alto y tupido monte de verdes reflejos. Es una especie de espejismo, fenómeno que suele manifestarse en nuestra región norteña en horas de mucho calor, principalmente en épocas de sequía. Cuando la humedad atmosférica es prácticamente nula, convierte en desértico nuestro clima naturalmente ardiente en los meses de verano.

La blancura de las ovejas recién esquiladas hacía delicioso contraste con el tono oscuro producido por la sombra de árboles cercanos.

Algunos cuervos planeaban en lo alto avizorando una presa.

En ese estado de tranquilidad absoluta me quedaba dormido hasta que la presencia de un lagarto alarmaba a los horneros que comenzaban un coro de gritos. Me despertaba sorprendi

do. Era ya la hora de ensillar y continuar el viaje, trote y trote, silbando en diversos tonos, en armonía con los distintos estados del espíritu que se presentaban durante la rememoración de aconteceres pretéritos.

Es digna de destacar la amistosa compañía del silbido. Brinda al jinete solitario la grata sensación de ir acompañado, espiritualmente confortado por los recuerdos siempre gratos que reviven al influjo de las musicales notas.

7

H E L A D A

Un molesto, desagradable y frío viento, sopló sin tregua durante todo el día. Ahora, cuando el pálido sol de julio casi culmina su marcha hacia el ocaso, ha cesado de pronto dejando toda su frialdad flotando en el aire.

El cielo está despejado. No hay posibilidad de lluvia durante la noche que se aproxima.

Las ovejas marchan despacio hacia el "parador" dejando oír sus balidos para llamar a sus corderos.

El ganado bovino lentamente va tomando posición en sus dormideros habituales; prefieren los montes de eucaliptus,proximidades de porteras y rinconadas de potreros. Los toros lanzan poderosos mugidos coreados por los más suaves de las vacas y el balido de los terneros que jamás confunden la voz maternal.

Es evidente que helará esta noche. Los pájaros ya se han recogido en lo más tupido del follaje de naranjos y otros árboles de hojas perennes. Su pipiar ha cesado y el silencio del campo se torna imponente.

Toca ya el sol el horizonte reflejando sus postreros rayos en las aguas de cañadas y lagunas en magnífica expresión de belleza.

Mientras esto sucede por poniente, surge en oriente la pálida imagen del hermoso satélite, cantado por poetas de todas las épocas.

El planeta Venus, el vulgar lucero de los campesinos, asoma blanco y luminoso en el límpido firmamento. Lo siguen en veloz sucesión multitud de estrellas que centellean como si nos enviaran su saludo desde el infinito.

Cae la noche y arrecia el frío. El termómetro ya estaría marcando cero grado a la intemperie. Es el principio de la escarcha que blanquea y endurece los pastos. Dentro de horas, a varios grados bajo cero, el agua de charcos, pozos y cañadas pasará al estado sólido. Es una gran helada.

Mañana, cuando la claridad del día permita extender la vista hasta el horizonte, será posible presenciar el paisaje vestido de blanco. Blancura deslumbrante que, al salir el sol, ofrece bellas iridiscencias.

A esa hora, con ropas inapropiadas y calzado deficiente, los "pioncitos" traen la "recogida" o sea los caballos que utilizarán los peones en las faenas camperas.

Los tamberos terminan el ordeñe y los agricultores inician su labor calzando sus duros tamangos.

Nosotros en la ciudad no vemos ni sentimos las grandes heladas. Los habitantes de la campaña sí las ven y las sienten en carne propia. Tengamos para ellos un momento de comprensión y simpatía. Consideremos que miles de niños en todo el país, con frecuencia mal alimentados y peor abrigados, a esa hora, cuando disfrutamos la tibieza del lecho, ya se movilizan para concurrir a la escuela, que no está a pocas cuadras como la nuestra, sino a kilómetros que deben recorrer a

pie o montando el viejo caballo que los conduce con nobleza y mansedumbre dignas de la más amplia gratitud.



8

E L C H A S Q U E



EL CHASQUE

("Martín Fierro" - José Hernández,Cidegraf Argentina)

Promediaba un invierno crudo y lluvioso cuando se produjeron en la aislada localidad campesina, varios casos de difteria.

Los enfermos, trasladados sin pérdida de tiempo al más próximo centro poblado, donde había un médico y una farmacia, fueron atendidos convenientemente y se restablecían en forma satisfactoria.

En esa situación se produjo un temporal de varios días con lluvias torrenciales que pronto hicieron desbordarse cañadas y arroyos cortando totalmente las comunicaciones.

En medio del aislamiento total, enfermó gravemente del terrible mal la hija de un vecino del lugar. El padre, al notar los inequívocos síntomas, quedó en un estado de desesperación fácil de imaginar. Era absolutamente imposible obtener asistencia médica con los arroyos fuera de cauce y el estado intransitable de los caminos.

El peligro de muerte era evidente: la enferma tenía la garganta tapizada de placas blancas que casi la obstruían, presentando altísima temperatura, indicadora del alto grado de infección del organismo.

En esas circunstancias se aproximaba la noche sin que los familiares atinaran una solución viable a la crisis terrible que inevitablemente tendría un desenlace fatal.

La salvación estaba a cuarenta kilómetros de distancia, contenida en las ampollas de suero antidiftérico; pero tres

arroyos caudalosos y desbordados se interponían entre la paciente y la farmacia.

En esos momentos de desesperación surgió la solución en la persona de un domador de apellido Pereira que ocasionalmente llegó a la casa. Enterado de lo que sucedía manifestó ser capaz de pasar a nado los arrovos y traer el suero salvador.

Portador de una carta para el médico partió a todo galope cabalgando un bagual bayo, cuando ya se iniciaba la noche.

Había llegado ya la madrugada. La enfermedad seguía su curso. La expectativa era cada vez mayor. Las personas que velaban hacían cálculos sobre la posible hora de llegada del chasque. De pronto ladraron los perros y en instantes, en medio de la lluvia continua, surgió de la oscuridad la silueta del valiente jinete.

Un vecino que tenía conocimientos de sueros y vacunas había sido llamado y se sumó a la expectativa ambiente, presto a entrar en acción.

Pereira entró al galpón chorreando agua y sacó de debajo del poncho la preciada medicina que fue administrada de inmediato.

La mejoría se hizo notar en pocas horas; las placas desaparecían paulatinamente y la fiebre empezó a descender. A los cinco días, cuando los arroyos volvieron a su cauce y tornaron a ser transitables los caminos, la paciente fue llevada a presencia del médico. Éste la encontró fuera de peligro. En

pocos días estuvo totalmente restablecida.

Los padres de la chica quisieron premiar al gaucho valiente que había salvado a su hija, poniendo en peligro la propia vida que arriesgó varias veces en aquella noche, pasando a nado con su bagual los arroyos desbordados cuya feroz correntada haría titubear al más diestro nadador.

No fue posible conseguir que aceptara nada.

Pereira continuó montando sus potros y pronto olvidó el episodio.

Casos semejantes al narrado eran frecuentes en nuestra campaña semidesierta.

Muchos héroes anónimos como Pereira han desfilado a través de los años.

Su abnegación y generoso desprendimiento, los llevaron a exponer su vida por salvar la de un semejante.

Así es la gente de nuestra campaña uruguaya.

9

L E C H U Z A



LECHUZA

(La Vida de los Animales, de León Bertin. Editorial Labor S.A.)

Su desgarbada figura, su color térreo, la falta de elegancia de sus patas armadas de garras poderosas y sus chillidos desprovistos de armonía, producen una primera impresión desagradable.

Generalmente la vemos encaramada en un poste de alambrado. Desde su atalaya contempla con expresión curiosa todo lo que sucede en su derredor.

Son hermosos sus grandes y redondos ojos, luminosos, expresivos y movedizos. La amplitud de su mirada se multiplica por la facultad casi única de esta ave: puede imprimir a su cabeza giros de hasta ciento ochenta grados. Esto le permite mirar hacia atrás sin volverse.

Calumniada por el vulgo que le adjudica cualidades de mal agüero, es perseguida injustamente por la superstición de personas ignorantes.

Es ave nocturna. La mayor parte del día lo pasa posada sobre un poste o metida en la cueva que suele tener hasta un metro de profundidad. En el fondo forma el nido recubierto de lana que recoge en el campo. Lo defiende celosamente con potentes chillidos a fin de alejar personas, perros u otros posibles enemigos. En caso necesario usa las uñas y el pico para defender sus preciosos polluelos, blancos como bolas de algodón.

Ya grandecitos salen a tomar el sol a la entrada de su morada. Es un placer contemplarlos alineados e inmóviles, pero listos a deslizarse velozmente hasta el fondo de su habi-

táculo al menor indicio de peligro.

Suele permanecer durante horas en absoluta inmovilidad, sumida en quien sabe que profundas meditaciones filosóficas sobre el cúmulo de injustas agresiones y calumniosas y ridículas acusaciones de que la hacen objeto con frecuencia.

Yo la miro con amistosa simpatía. Su presencia despierta en mí amables recuerdos campesinos mezclados, en la soledad de los largos viajes a caballo, con mis propias meditaciones. Han sido algunas veces dolorosas comprobaciones sobre la pobreza espiritual de muchas personas. Rodeadas de bellezas, no saben verlas ni sentirlas. Pudiendo tener un gesto de amor y cordialidad prefieren una egoísta existencia, oscura y negativa de los más preciados atributos que distinguen a la especie humana.

La lechuza tiene un triste destino. Calumniada y perseguida por delitos que no ha cometido, lleva una vida introvertida y resignada. Busca amparo en su modestia que la hace pasar casi desapercibida.

10

P I T A N G A S



PITANGA

(Dibujo por Miguel González Cámpora - Fuente: Flora Arbórea y Arborescente del Uruguay, de Atilio Lombardo)



URRACAS Y SU NIDO DE RAMAJES

(La Vida de los Animales, de León Bertin - Editorial Labor S.A.)

PALACIO LEGISLATIVO BIBLIOTECA

Promedia la primavera. El aire, saturado de perfumes silvestres tiene una tibieza acariciadora que impresiona gratamente.

Se siente imperiosa necesidad de apresurar la marcha. Llegar pronto para sumergirse en la umbría, manto de verdor y caja de resonancias de los más variados sonidos.

La masa verde, que desde lejos parecía uniforme, empieza a diferenciarse. Poco a poco dejamos de ver el monte. Vemos individualmente cada árbol; el viraró corpulento, el tala robusto, el ceibo brillantemente coloreado con sus flores de fuego.

Ya estamos casi al borde del cauce rumoroso y cristalino.

Algunas pitangas presentan su infloración abundante. El árbol está literalmente vestido de diminutas flores blancas suavemente perfumadas. Traen a la mente el recuerdo de una novia ataviada para la boda.

Otras ostentan ya sus frutos que, en plena madurez, ofrecen su exquisito sabor agridulce, tentación del paladar de niños y mayores.

Con las pitangas se prepara un rico licor que, en su aspecto, se parece al guindado.

Nuestros aborígenes las empleaban para elaborar la alcohólica chicha, haciéndolas fermentar mezcladas con miel silvestre de abejas y avispas.

La infusión de sus hojas produce un té de agradable sabor y estimables cualidades digestivas.

Las pitangas nos recuerdan los hermosos días transcurridos en nuestros montes norteños disfrutando todos sus encantos. Reina allí dulce armonía de colores y trinos.

Se oye el chirriar incesante de las cigarras. El pájaro carpintero deja oír su martilleo discontinuo al realizar su labor escrutadora en troncos y ramas en procura de alimento.

Las urracas surgen en vuelo silencioso. Confiadas se aproximan al visitante con la finalidad de satisfacer su inagotable curiosidad.

Un conjunto de variados sonidos flota en el ambiente cuya placidez inunda el espíritu con una suave dulzura imposible de olvidar.



PÁJARO CARPINTERO

(Enciclopedia de los Animales. Edit.Abril - Noguer - Rizzoli-Larousse)

11

PELEA DE TOROS

Es una esplendorosa, soleada y tibia tarde de primavera. El campo se presenta como inmensa alfombra verde, matizada en breves espacios por el rojo vivo de las margaritas en flor. En otros, los macachines adicionan sus alegres colores blanco, rosado y amarillo que distinguen las variedades de la especie.

El sol, próximo al ocaso, pone espejos de oro bruñido en las aguas de cañadas y lagunas.

Se siente el influjo benéfico del aire en su máxima pureza. Perfume de flores silvestres y pasto tierno unidos a la luminosidad serena de un cielo de turquesas y aguas marinas infunden a todos los seres una visible euforia.

La invernada que encierra más de doscientos toros es un volcán de mugidos y evoluciones de los animales inquietos. Sienten bullir en su interior la vitalidad acumulada desde los ya lejanos meses otoñales que ahora resurge en toda su pujanza.

Desde potreros alejados llegan emanaciones del vacaje excitando al más alto grado la nerviosidad de los animales. Conscientes de su poder, cada uno pretende obtener el predominio del campo.

Surgen así encarnizadas luchas que, cual eliminatorias deportivas, adjudicarán el título de campeón al toro más valiente y fuerte que, en lo sucesivo, será respetado por todo el rodeo como Jefe Supremo.

Son luchas ciclópeas que duran largas horas y excepcionalmente más de un día.

En estos casos parece haber un acuerdo tácito para descansar y continuar al día siguiente la lucha que es siempre violenta y feroz. Se siente a gran distancia el ruido que producen las astas al chocar en férreas embestidas. Las pezuñas levantan nubes de polvo, produciendo ruidos que tienen algo de siniestro.

El vencedor demuestra su orgullo escarbando el suelo con las patas y los cuernos, echándose tierra en el lomo entre bramidos de desafío.

De pronto surge del círculo formado por muchos animales que presenciaron el combate un contrincante que, confiado en su poder, enfrenta al vencedor.

Se entabla nuevamente la lucha que continúa hasta la llegada de la noche.

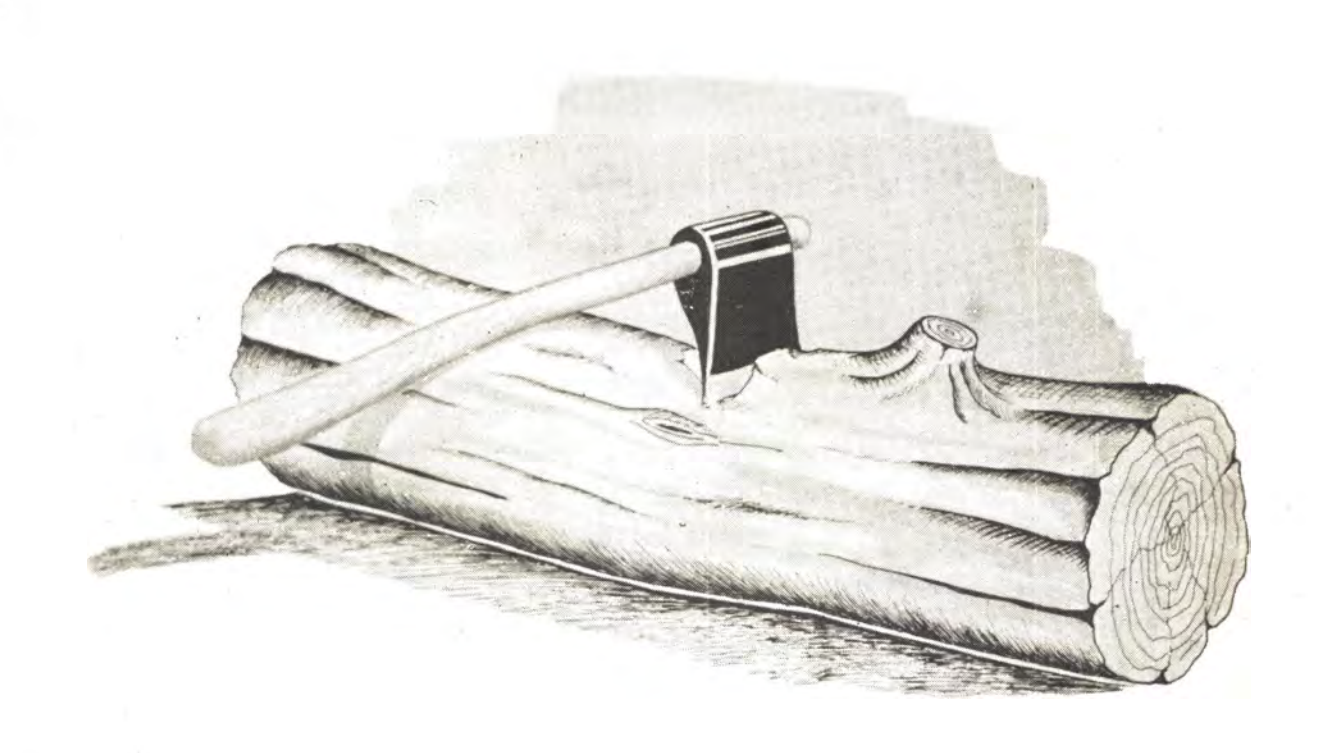
Cesa entonces la actividad combativa hasta el día siguiente.

Después de proclamado y reconocido el campeón, no se repiten estas luchas de carácter eliminatorio.

Los demás toros inician algunas veces ligeras escaramuzas que el Jefe Supremo termina con su sola presencia. Basta que llegue al lugar de la contienda y se interponga entre los adversarios para que éstos, dócilmente, se retiren como a desgano, mugiendo y azotándose los flancos con la cola.

12

M O N T E A D O R E S



HACHA

(Ilustración Miguel González Cámpora)

El verdadero monteador ama su oficio. Lo considera casi un deporte. Domina la técnica de derribar árboles. Alegremente dispuesto realiza el gran esfuerzo exigido por la ruda tarea.

No emplea un hacha cualquiera. Usa únicamente "su hacha" que le acompaña por años y años. Se ha consustanciado y encariñado con ella. La siente como integrante de su ser.

Mediante un meticuloso cuidado la conserva con filo perfecto. Lo considera tal cuando puede con facilidad picar el "naco" de tabaco negro con que arma sus largos cigarros liados en chala de maíz, seleccionadas y preparadas con todo esmero.

El mango de su herramienta es objeto de máxima atención. No se conforma con adquirir uno cualquiera en la barraca. Lo prefiere hecho por sus propias manos, imprimiéndole rasgos de su personalidad.

Comienza por seleccionar la madera, que debe poseer resistencia y flexibilidad. Son convenientes las fuertes ramas del cambará o de la guayubira. Las corta en "buena luna". Luego las deja estacionar a la sombra, guardándolas en el fondo del galpón. Allí permanecen durante meses hasta conseguir la necesaria sazón. Con un mínimo de herramientas y un máximo de habilidad realiza el delicado trabajo. Logra así un mango perfecto en todos sus detalles, adaptado a su modalidad.

Terminada la obra, se siente orgulloso de su herramienta, cuidándola con atenta dedicación.

El monteador ama las madrugadas. Disfruta el privilegio de contemplar el espectáculo glorioso del amanecer, cuando el sol saliente transforma las gotas de rocío en gemas luminosas. A esa hora las flores silvestres le ofrecen la primicia deliciosa de su aroma y la pureza inmaculada de los pimpollos en el momento de la eclosión.

Los pájaros dejan oír la bien orquestada sinfonía de sus trinos, mientras el horizonte permite contemplar magníficos celajes.

Llegado al sitio, desensilla su caballo que ata "a soga" en lugar apropiado. Acomoda su recado y enseres fuera del alcance de los traviesos zorros.

Dispuesto a comenzar el trabajo, contempla su campo de acción con experta mirada. Mentalmente selecciona el árbol que será blanco de los primeros golpes de su hacha.

Estudia el terreno y decide al instante hacia qué lado hará caer el árbol. La forma y posición del corte le dará la dirección de la caída.

Con su machete desbroza los alrededores. Iniciando su labor aplica certeros y sincronizados golpes que van debilitando el tronco, mientras vuelan fragmentos de madera como alocadas mariposas evolucionando en el ambiente circundante que pronto se satura de agradable perfume proveniente de la savia que despide el árbol herido. A lo lejos se oye el eco de los golpes repetidos. Es la lucha del esfuerzo inteligente contra la inerte fortaleza física.

Al cabo de largos minutos el hachero escucha crujidos que le impresionan como quejidos exhalados al influjo de una impresión dolorosa. Es la queja del árbol ante los golpes que lo hieren sin piedad. En instantes el gigante se tambalea. Luego se desploma, arrastrando y derribando en su caída numerosas ramas y arbustos.

Así abate el corpulento viraró de maciza madera rojiza, el amarillo, el cambará, el espinillo y tantos otros árboles que proporcionan unos madera apta para diversos usos; otros la leña como combustible imprescindible.

Se siente dichoso el monteador al contemplar tendido a sus pies el formidable oponente. Respirando hondo, con el dorso de su mano escurre de la frente la copiosa transpiración originada en el violento esfuerzo físico.

Luego de una pausa reparadora inicia la operación del "desgaje". Consiste en separar del tronco las ramas principales. De éstas las secundarias y así sucesivamente hasta finalizar la obtención de la madera y leña aprovechables.

El monteador vive en permanente contacto con la Naturaleza. Disfruta mentalmente todos sus encantos. Escucha sus ruidos característicos, que conoce y aprecia. Se emociona con los placeres de la pesca que ejercita en las horas de descanso. No olvida armar una cimbra capaz de ofrecerle la oportunidad de capturar un gato, un zorro u otro animal montaraz.

Realiza gozoso su faena y lleva una existencia saludable y feliz.



13

P I R I N C H O S

PALACIO LEGISLATIV

Estamos pasando un invierno frío y seco. Las heladas se suceden sin interrupción desde hace varios días.

En compensación a la frialdad nocturna tenemos días soleados y serenos: hermosos días invernales.

A la salida del sol, sus tibios rayos comienzan a licuar la escarcha y el campo recupera poco a poco su verde tonalidad.

Las ramas bajas de la gran cinacina, situada detrás del corral, reciben desde temprano los rayos solares.

Una bandada de pirinchos pernocta en la copa raleada por las heladas. Los friolentos pájaros descienden uno a uno y van tomando posición en una rama horizontal, bien apretujados uno con otro a fin de comunicarse mutuamente el poco calor que conservan sus cuerpecitos ateridos.

Emiten en voz baja una especie de llanto que recuerda al de un bebé pequeñito. Forman una línea compacta que permanece inmóvil recibiendo la dulce caricia solar hasta que, confortados, emprenden vuelo dispersándose por el campo en procura de alimentos. Éstos consisten en insectos diversos, lombrices, isocas y pequeñas culebras verdes que atrapan luego de atontarlas a picotazos en la cabeza.

Son pájaros de figura desgarbada, con plumaje ralo y un remedo de penacho constituido por unas pocas plumas desordenadas que semejan los cabellos de un niño despeinado.

Ponen hermosos huevos de color azul verdoso, relativamente grandes si se comparan con la pequeña talla del ave.

Son muy sensibles al frío. Por tal motivo es escasa su actividad durante el invierno.

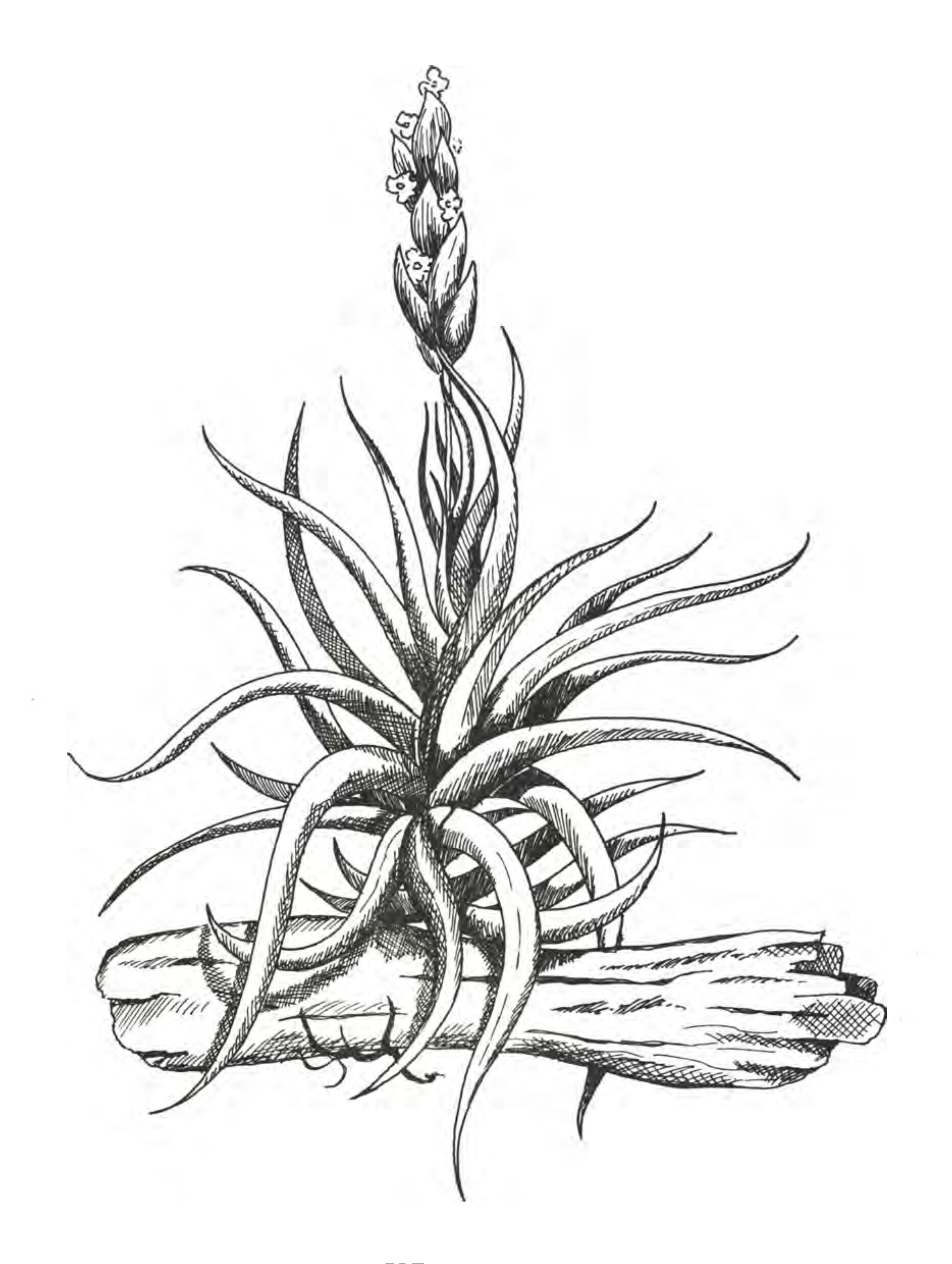
Avanzada ya la primavera entran en celo y entonces es grande su movilidad. La ejercitan con gran algarabía, gritando sin cesar. Son gritos estridentes y reiterados, especialmente en casos de alarma que suelen producirse con la aparición de aves de rapiña o animales que turban con su presencia la tranquilidad que disfrutaban.

Son pájaros útiles: destruyen gran cantidad de invertebrados dañinos. Merecen, por tal motivo, ser protegidos.

Su plumaje ralo y de colores sobrios no les da hermosa presencia; pero resultan simpáticos porque producen en la mente la impresión dolorosa de niños carentes de abrigo, para quienes el invierno resulta más cruel.

14

C L A V E L D E L A I R E



CLAVEL DEL AIRE

(Ilustración Miguel González Cámpora)

El coronda arrogante, poderoso y bravío destacaba su tronco corpulento, erizado de grandes y puntiagudas espinas, infundiendo respeto y temor.

En una tormentosa noche estival, la electricidad atmosférica le hirió de muerte con su flamígero destello.

El rayo tronchó ramas, chamuscó hojas, hendió el potente tronco y destruyó, al descargarse en la tierra, las profundas raíces que lo sostenían.

Vestigios de energía lo mantuvieron en pie, soportando su lenta agonía.

Moribundo, aún se mantuvo enhiesto exhibiendo su estructura hercúlea.

Insectos y gusanos pronto iniciaron su obra de destrucción. El árbol infeliz mostraba sufriente su creciente decadencia. Parecía irremediablemente perdido.

Sin embargo, la Naturaleza no olvidó al hijo en desgracia. Una mañana de primavera hizo que el viento depositara en el tronco carcomido, una plantita insignificante, un pastito intrascendente.

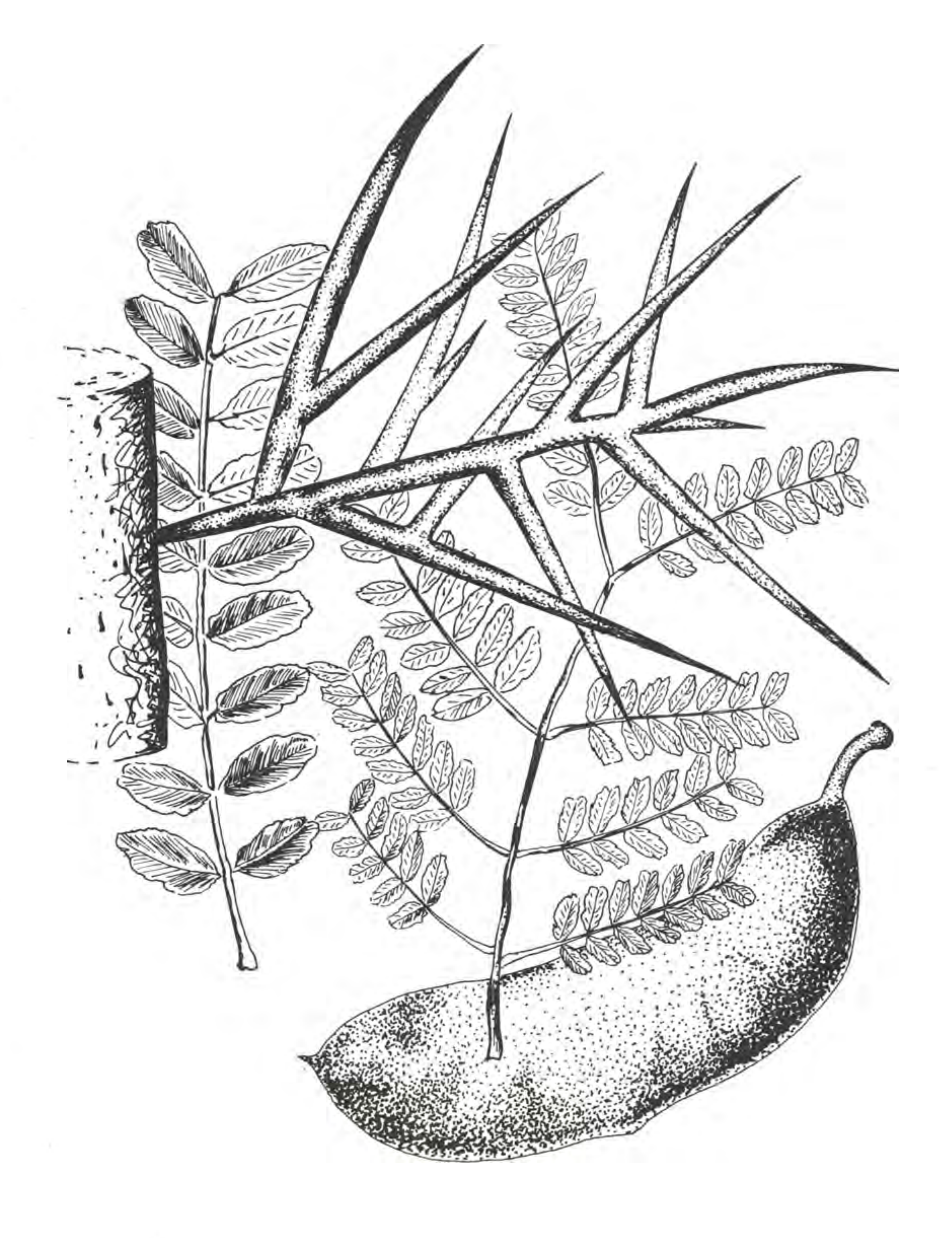
Era un clavel del aire que allí encontró el necesario sostén. Bebió con avidez el rocío de los atardeceres, asimiló la belleza de las noches estelares y sorbió los más delicados matices de las rosadas auroras.

Sus tropismos desarrollaron hojas y raíces. Pronto fue una planta vigorosa. Se multiplicó. Se prodigaron sus hijuelos en hermosas flores rojas y azules, cubriendo la desgarbada silueta del viejo tronco.

Transformaron la deformidad y la agonía en alegría y belleza. Pájaros, abejas y mariposas visitaron sus corolas y el árbol abandonado, solitario y mustio, ostentó luciente su fresco y nuevo ropaje, pleno de color y de perfume...

La desgracia, la derrota y la desolación agobian alguna vez al hombre; pero no es la caída definitiva. Cuando menos se espera, surge un alma noble y generosa, plena de dulzura y de cariño. Se olvidan amarguras y sinsabores y la vida vuelve a sonreír.

La solidaridad y el amor son los claveles del aire de la especie humana.



CORONDA

(Dibujo por Miguel González Cámpora - Fuente: Flora Arbórea y Arborescente del Uruguay, de Atilio Lombardo)



15

MADRUGADA EN LA ESTANCIA



GALLO

(Historia Natural de la Creación - Vol. II Edaf Ediciones Distribuciones S.A.)

Muy grato me resultaba pernoctar en la estancia de mi tío Fonsico (apodo de Ildefonso). Era un antiguo establecimiento, una estancia cimarrona que, a través de los años había sufrido diversas modificaciones en su estructura.

Conservaba su centenario corral de piedras, verdadera trinchera que podría ocultar un regimiento.

Un gran galpón algo alejado de la casa principal, contenía en su interior todas las dependencias correspondientes a peones y materiales, incluyendo la gran cocina cuyo hogar estaba constituido por una llanta de carreta. Allí ardían gruesos troncos que, como en los antiguos ritos, conservaban el fuego en forma permanente.

Me encantaba el gran comedor familiar con su larga mesa de cedro, donde bajo la experta dirección de mi tía Teotima, las cocineras presentaban manjares exquisitos. Era plato obligado el asado con fariña y delicioso pan casero. A la mañana, a la hora del desayuno el aromático café con leche era servido acompañado de abundante manteca fresca y las exquisitas rosquitas de cuajada constituían una delicia difícil de superar.

Era grande la arboleda. Dada su proximidad al monte del arroyo Yacaré, infinidad de pájaros poblaban su ramaje.

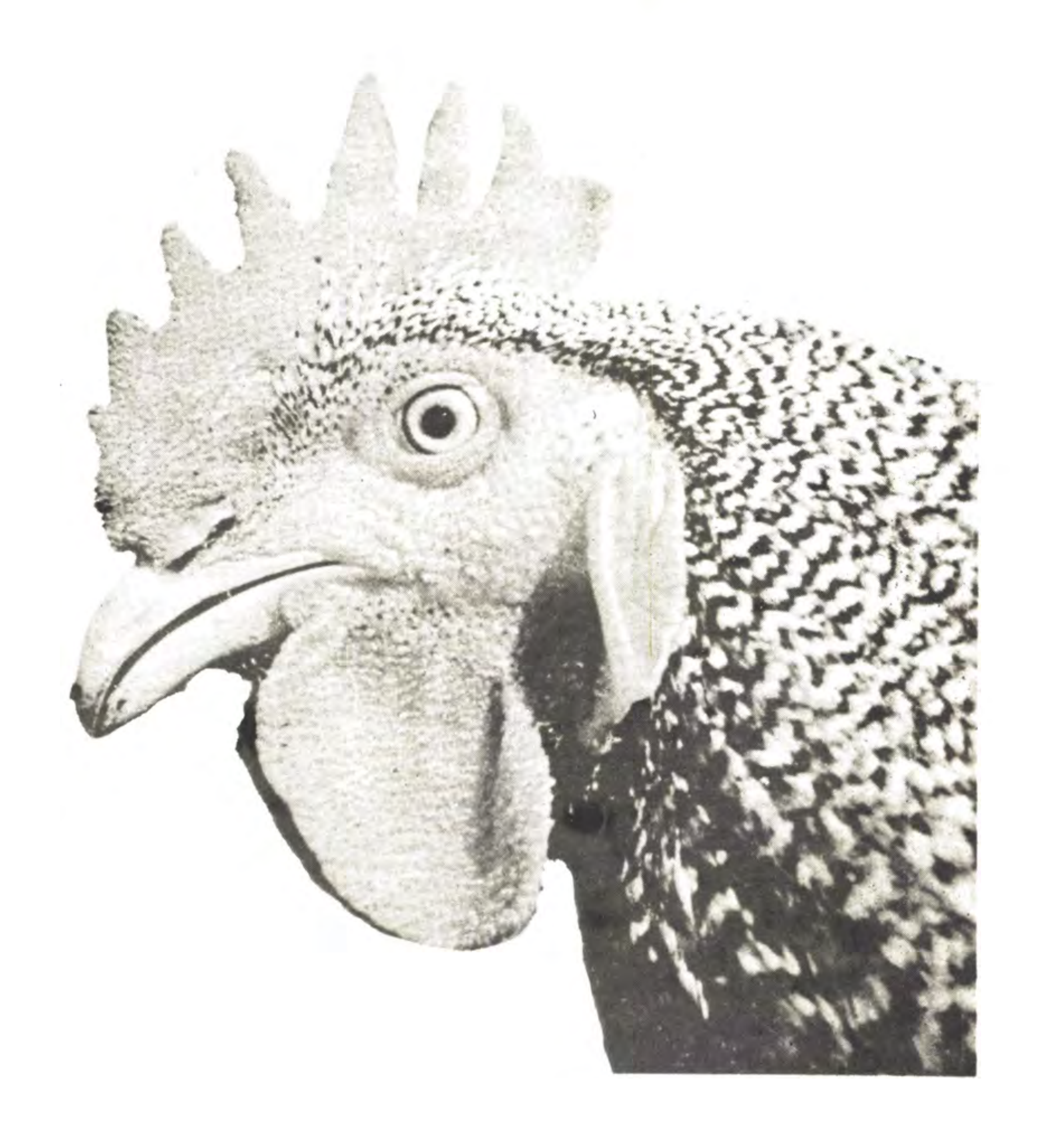
Había un gran corral de aves de diversas especies, a las que no era raro se mezclaran patos silvestres de las lagunas cercanas, atraídos por la abundante alimentación y la presencia de congéneres domesticados.

A pesar de que se hacían interminables charlas de sobremesa, siempre la madrugada me encontraba despierto. Me acostaba pensando en lo delicioso que me resultaba el amanecer, cuando balidos de vacas y terneros, relinchos de caballos, ladrar de perros, gruñidos de cerdos y sobre todo el concierto que nos daban los pájaros a los que se mezclaban el canto de los gallos, cacarear de gallinas, gritos de pavos y gansos y croar de patos. De vez en cuando algunos pavos reales agregaban la nota discordante de su poco armonioso graznido. Luego era el placer de tomar leche espumosa y tibia ordeñada directamente en un vaso al que mi tía había puesto canela y azúcar.

Después del desayuno me trasladaba a la quesería a ver la elaboración del queso, observando el contraste que ofrecían la blancura de la leche coagulada con las oscuras manos de la morena que la manipulaba.

Salíamos a caballo con mis primos a colaborar en las tareas camperas, o nos dirigíamos al monte a cazar palomones o pescar tarariras al borde del camalotal.

"Todo tiempo pasado fue mejor". Gran verdad en este caso. Nunca más he disfrutado mañanas tan placenteras. La añoranza me domina al recordar aquellas horas bucólicas plenas de encantos y de cariño.



GALLO DOMÉSTICO

(Reino Animal N°23 Edit. Ramón Sopena S.A.)

16

Á G A T A S Y A M A T I S T A S



ÁGATAS Y AMATISTAS

(Folleto de la Intendencia Municipal de Artigas)

AMATISTAS.- Son piedras preciosas cuya constitución química es óxido de silicio.

Su hermoso color violado se presenta en variedad de tonos, todos ellos vistosos y brillantes.

Es notable su resistencia al roce, la que unida a una extraordinaria dureza, sólo superada por el diamante, las hacen aptas para ser usadas en joyería y en diversos usos industriales.

Su color combina perfectamente con el del oro, condición que aprovechan los joyeros en realizaciones de gran valor comercial y notable presentación estética.

Es una de las doce piedras que figuran en el pectoral del Sumo Sacerdote de los judíos. También es usada en el anillo pastoral de los Obispos. Por ese detalle es común llamarla "piedra de los Obispos".

Existen en toda la zona basáltica del noreste uruguayo. Son más abundantes en el departamento de Artigas. Es interesante destacar que es el único en que su explotación se hace con una finalidad industrial, movilizando capitales de importancia, a la vez que utiliza buen número de trabajadores uruguayos .

En la época de la colonización española ya eran conocidas y apreciadas las ágatas y amatistas de la Banda Oriental. El Rey de España ordenó se dispusiera de los fondos necesarios a fin de realizar investigaciones sobre las piedras citadas.

Cumplida la misión a cargo de su ensayador y lapidador, éste elevó su informe certificando la hermosura y bondad de las piedras recibidas de esa región de los dominios reales .

Hace más de un siglo un grupo de alemanes procedentes del Brasil, al agotarse el yacimiento de ágatas que explotaban resolvieron dirigirse al departamento de Salto, rico en esta variedad. Emprendieron el peregrinaje conduciendo varias carretas en que transportaban todo lo necesario para continuar en suelo oriental la explotación que ya no era posible en su mina del Brasil, por agotamiento como ya dejamos expresado.

Realizando largas y agotadoras jornadas, pernoctaban en improvisados campamentos en cualquier lugar que les pareciera apropiado.

Al finalizar una de las tantas jornadas, acamparon a orillas de un arroyo que resultó ser nuestro Catalán Grande.

Se preparaban al día siguiente a reanudar la marcha con algunas dificultades producidas por varios bueyes no suficientemente dóciles. Prevenidos contra esta posible contingencia, calzaron las ruedas con piedras tomadas de las inmediaciones.

Sucedió que uno de los bueyes, inquieto al sentirse uncido al yugo, arrancó de golpe procurando huir. La rueda se movió y aplastó la piedra. Los viajeros pudieron ver con asombro, que el interior de la misma estaba enteramente formado por hermosos cristales de amatistas.

Felices por el hallazgo, luego de una somera observación del terreno, decidieron suspender el viaje y clausurarlo definitivamente al constatar que todo el terreno circundante estaba literalmente sembrado de hermosas amatistas, de mucho más valor que las ágatas. Así comenzó la explotación de las preciadas gemas en el Uruguay.

Allá por el año 1844, un alemán de apellido Eifler, inició la explotación en forma más racional. Todos sus colaboradores y más tarde sus sucesores eran alemanes y trabajaron en igual forma: sólo aprovechaban las piedras de primera calidad, las que eran enviadas a Alemania para su posterior procesamiento. El envío era realizado por los buques de ultramar que las utilizaban como lastre, sin costo alguno para los explotadores. De esta manera aprovechaban la riqueza uruguaya en beneficio de sus conciudadanos, despreciando la mano de obra nacional que en estos últimos años ha demostrado su eficiencia, especialmente después que se fundó bajo la égida de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU), un curso de tallado y lapidado en la ciudad de Artigas. Este curso está dando frutos promisorios: los jóvenes que a él asisten están demostrando su creciente capacitación en la delicada tarea, tal como ha sido dable apreciar en las exposiciones realizadas en el marco de la Semana de Integración Artiguense.

Ya es posible escuchar con patriótico deleite el tronar de los motores de las palas excavadoras y de los martillos neumáticos manejados por manos uruguayas que arrancan de las entrañas de la tierra el oculto tesoro. Otras manos también uruguayas crean belleza, arte y riqueza trabajando con primor las piedras extraídas.

Valientes empresarios orientales cuyo sano optimismo los impulsó a iniciar una obra que, poco a poco, ha ido perfeccionándose, capacitándose y ampliando capitales.

La obra emprendida ya es una brillante y tangible realidad. El porvenir les sonríe mientras se acrecienta el patrimonio oriental como en tantas otras realizaciones.

NOTA: En la redacción de este tema utilicé en gran parte información proporcionada por el Sr. Bernardo Monge, antiguo vecino de Catalán y profundo conocedor del tema que trato, a quien visité expresamente en su domicilio con el propósito de recoger los valiosos datos.

Dejo constancia de mi más profundo agradecimiento por la desinteresada colaboración prestada.

ÁGATAS.- Algo de común con las amatistas tienen las ágatas. Ambas están constituidas por óxido de silicio y se encuentran en la zona basáltica del noreste de nuestro país.

Son mucho más abundantes que las amatistas. Suelen encontrarse en determinados sitios de ríos y arroyos, transportadas y depositadas por las aguas durante las crecidas. En el transcurso de ese peregrinar sufren el embate de los agentes de meteorización (golpes, roces, etc.) destruyendo la ganga que primitivamente las recubría.

En esas condiciones distintos agentes naturales inciden sobre valiosos atributos que les son inherentes, restándoles importantes características de forma, color y vistosidad.

Esto no sucede con las ágatas extraídas de excavaciones relativamente profundas que se realizan con la finalidad de extraer amatistas. Es allí donde se encuentran las mejores ágatas que no han sido expuestas a la acción de los agentes naturales citados.

Dos finalidades movilizan a los extractores de ágatas: ornamental una e industrial la otra.

Se dedican a fines ornamentales las que tienen mejor coloración y dibujos atrayentes y poseen además suficiente porosidad que les permita absorber líquidos colorantes que las vuelven más atractivas.

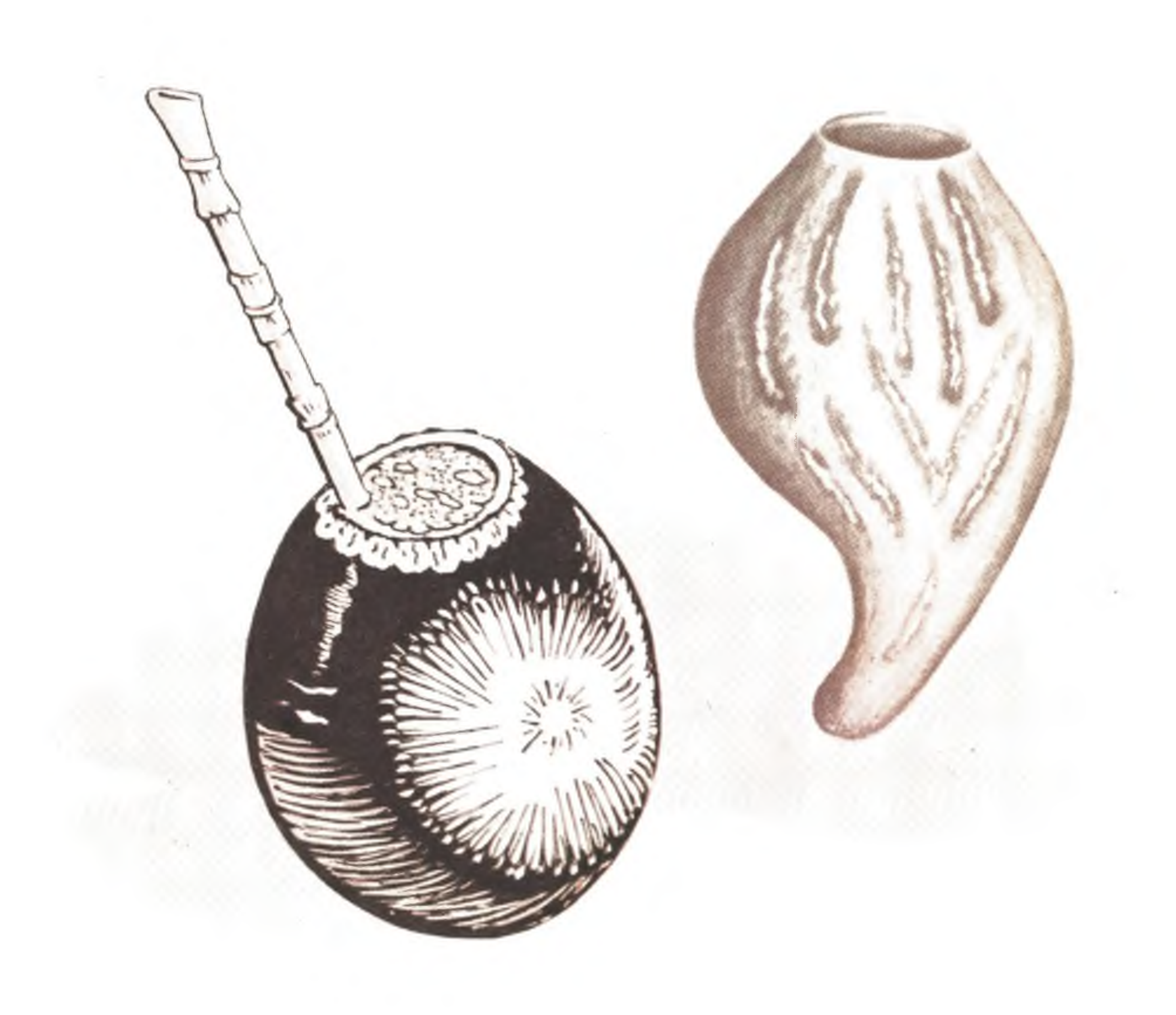
Las ágatas aquí extraídas eran transportadas a Alemania, casi exclusivamente a la ciudad de Idar, que fue el gran emporio de las piedras uruguayas.

De allí los empresarios alemanes las dispersaron por toda Europa, ampliando su conocimiento y valorización.

En la zona del Catalán existe desde muy antiguo un rancherío al que denominan "Pueblo de la Bolsa", misérrima población como desgraciadamente aún quedan en nuestro país. Al respecto un autor escribió el certero y gráfico pensamiento: "En el Pueblo de la Bolsa la opulencia y la miseria se dieron la mano".

17

C A M I O N E R O S



MATE

(Ilustración Miguel González Cámpora)



PERROS

(Enciclopedia de los Animales.Edit. Abril - Noguer - Rizzoli-Larousse)



CARPINCHO

(Enciclopedia de los Animales,Edit. Abril - Noguer - Rizzoli - Larousse)

Run ... run ... run ... Es el motor del "Bedford" que, en marcha moderada, se calienta en el centro del terreno de maniobras, mientras Nilo, su dueño, atentamente vigila los enseres que su compañero y secretario va cargando ordenadamente. Es imprescindible no olvidar nada, pues en las excursiones de pesca como la que está a punto de iniciarse, es prácticamente imposible reponer algo olvidado.

Hace rato los perros han comprendido que se trata de una pesquería y cacería. Están excitadísimos, haciendo toda suerte de cabriolas alrededor del vehículo mientras lanzan ladridos de alegría. Ellos saben distinguir los preparativos de una salida de carácter turístico, de las rutinarias de arena y materiales de construcción que se hacen casi diariamente a las diversas obras. Éstas no les resultan interesantes y no se molestan levantándose para festejarlas.

Nilo es un auténtico camionero: aprecia su vehículo en todo lo que vale y le brinda los máximos cuidados, conservándolo "al pelo" como suelen decir los integrantes del gremio.

Con el camión convenientemente cargado emprende sus habituales viajes de trabajo, generalmente en horas de la madrugada. El vehículo se desliza por las carreteras con marcha veloz, pero sin exceso, mientras el conductor sorbe con deleite el rico mate amargo que su secretario va cebando con esmero.

Trabaja bien y llega siempre a tiempo, condiciones éstas que le proporcionan buenos clientes que le pagan sin regatear el importe, nunca exagerado, pero que le permite obtener buenos jornales. Con ello puede llevar una vida sin apremios y

disfrutar plenamente en compañía de su esposa, las horas y los días que puede permanecer en el hogar.

Amante de la pesca y de la caza, realiza excursiones de las que participan sus numerosos amigos, sin medir distancias ni prescindir de nada que pueda proporcionar placer o comodidad.

Tanto excursiona al Paso de la Patria en el río Paraná, la capital del dorado, como a los numerosos arroyos del departamento de Artigas y a los ricos Uruguay y Cuareim que ofrecen siempre la oportunidad de buenas tarariras, del máximo trofeo que son los dorados y algún gigantesco surubí, que al asomar su cabezota y grandes bigotes al borde del barranco, hacen latir más de prisa el corazón, inundando el espíritu de un estado de ánimo tan especial que pocos son los placeres capaces de superarlos.

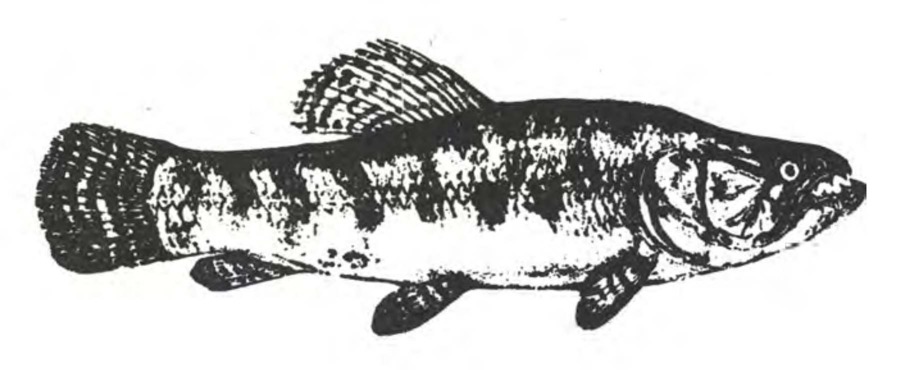
Durante la estada en el monte los perros se encargan de proporcionar carpinchos y tatúes, saboreados con deleite por la concurrencia.

En tanto los pescadores nunca se ven defraudados y las exquisitas milanesas y el delicioso chupín, regados con una cerveza helada, brindan el gastronómico placer a que se han hecho acreedores los que, dejando las comodidades de la ciudad, hacen vida montaraz y silvestre que, a pesar de sus inconvenientes, son el paraíso terrenal para los deportistas de verdad.

¡Así son Nilo y su barra!



DORADO



TARARIRA

("El Día",19 de enero de 1978)



SURUBÍ

18

T I J E R E T A S



TIJERETA

(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

CIO LEGISLATIV

A mediados de primavera, bastante más tarde que las golondrinas, aparecen las graciosas tijeretas. Son pájaros emigrantes que nos visitan en la buena estación. Impresionan gratamente los sentidos con su grácil figura y sus trinos suaves y agradables.

Es pájaro esencialmente campesino. Es difícil verlo en las ciudades. También en los montes es poco frecuente su presencia. Los espacios reducidos parecen conspirar contra la estética de su cola preciosa, formada por dos largas plumas que el pajarillo abre y cierra a voluntad, como las hojas de una tijera. De ahí proviene su nombre.

Su talla y su color se acercan bastante al de las pequeñas golondrinas de plumaje claro. Las diferencias residen principalmente en la cabeza y en la cola, ya descrita.

Entre las plumas de la cabeza el macho oculta un penacho de color amarillo vivo que sólo pone en evidencia cuando hace el amor.

Emite sus trinos armoniosos mientras vuela en círculos alrededor de la compañera, a la vez que levanta su penacho y despliega con donaire su tijera con movimientos llenos de gracia. Son figuras que tienen una remota semejanza con escenas del ballet "El lago de los cisnes", realizadas artísticamente en la luminosidad mañanera de una primavera esplendente.

Construye hábilmente su nido en ramas muy delgadas, que no podrían soportar el peso de un gato u otro animal depredador.

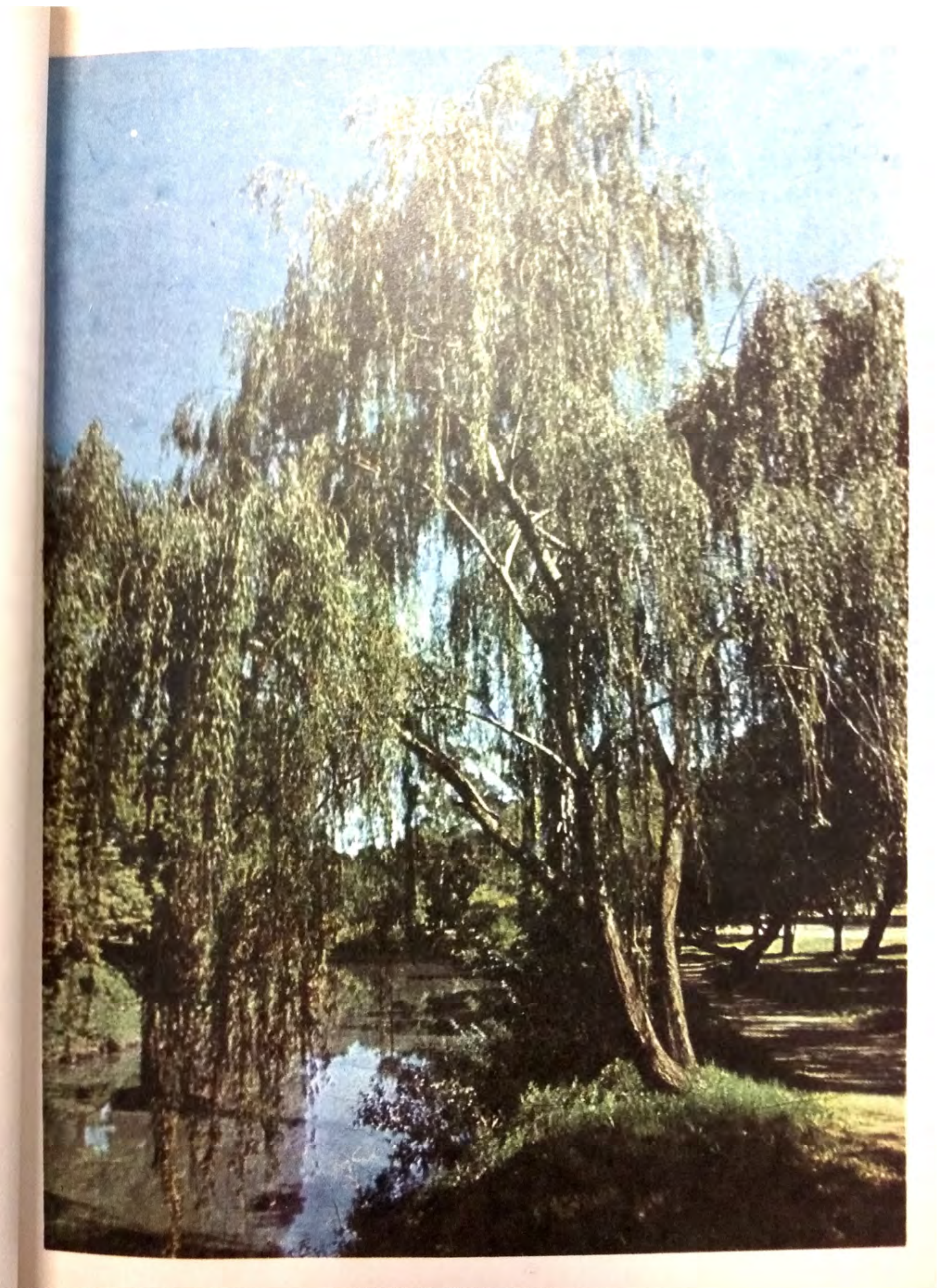
Allí nacen los hijitos columpiados a impulsos de las brisas.

Admite la compañía del tordo taimado que pone un huevo en su nido, alejándose luego. De esta manera la señora tijereta empolla el huevo ajeno junto a los propios. Es edificante ver luego el afán que pone la pareja en alimentar al intruso, que aprovecha su tamaño y glotonería para acaparar la mayor cantidad de orugas, insectos y gusanillos que los padres adoptivos recogen trabajando sin descanso.

No son abundantes las tijeretas ni forman bandadas. No les hagamos daño. Es nuestro deber conservar incólume el tesoro de belleza que son los pájaros, don de la Naturaleza para deleite de nuestros sentidos.

19

S A U C E S



SAUCE

El sauce audaz, ávido de besar la linfa pura, curvó sus flexibles ramas. Logró sumergirlas en la fresca corriente cristalina y cabrilleante por efecto de algunos rayos solares que pudieron traspasar el diáfano verdor de la frondosa copa.

Gozoso disfrutó la frescura que circulaba por toda su estructura, desde las rojas raíces sumergidas hasta las finas hojas lanceoladas. Alternativamente se hundían y emergían llevando suspendidas las gotas brillantes como piedras preciosas, descomponiendo la luz solar en todas las tonalidades del arco iris.

Las cigarras de siempre, de verdes ojos saltones, dejaban oír su canto monótono, matizado luego por los dulces silbidos de una pareja de mirlos que, habiendo elegido el dichoso árbol para erigir en él su nido de amor, llegaba transportando las primeras briznas.

Una enredadera de azules campanillas brindó la nota coloreada desde las altas ramas, como si un pedazo de cielo allí se hubiese posado.

Un carpincho apareció en escena caminando sigiloso hasta colocarse cabe la sombra generosa. Tomando su costumbrera actitud hierática, contemplaba el líquido elemento, capaz de ofrecerle el camino de la salvación en caso que un imprevisto peligro se presentase.

Desde otros sauces próximos, las torcazas dejaban oír su arrullo melancólico, en tanto que una bandada de garcitas blancas ponía la nota de máxima pureza desde la playita cerca-

na.

Un bote de colores claros tripulado por dos personas jóvenes, avanzó deslizándose lenta y silenciosamente impulsado por la débil corriente.

Se oyó el "clic" de la cámara fotográfica. Quedaba en esa fracción de segundos fijada en forma perdurable la imagen fiel de aquel cuadro maravilloso, aunque no raro. Se puede apreciar navegando en los arroyos que surcan en todas direcciones como una bendición la riente fisonomía de nuestra tierra uruguaya.



GARZAS

(Reino Animal N°7 Edit. Ramón Sopena S.A.)

20

V I A J E E N C A R R E T A



LA CARRETA

(Monumento en el Parque Batlle y Ordóñez, Montevideo.
Escultor : José Belloni)

Hacía veinte años que aquella familia uruguaya residía en el Brasil. No había logrado en el grande y rico país conquistar la independencia económica, meta fijada al partir.

Ahora, con más hijos y menos bienes, decidieron emprender el regreso.

El viaje sería largo y penoso. Esto sucedía hace más de cincuenta años, cuando los transportes y comunicaciones en esa región eran extremadamente precarios. Sólo se hacían mediante chasques o en las pesadas y lentas carretas.

El jefe de la familia, dada la cantidad de personas y enseres a transportar, optó por el empleo de una gran carreta. Le adaptó un techo, necesaria protección ante las inclemencias del tiempo. El viaje duraría muchos días y eran necesarias todas las previsiones.

Fue así uno de los precursores de las modernas casas rodantes que hoy vemos frecuentemente deslizarse raudas por nuestras carreteras brindando verdadero confort a sus felices propietarios.

Llevarían buena provisión de carne salada (charque),contando con renovarla en las estancias que encontrarían en el transcurso del largo trayecto.

Llevaban cuatro yuntas de bueyes de recambio y algunos caballos que montaban el padre y los hijos mayores. Esgrimiendo la larga picana de tacuara, conducían hábilmente el vehículo.

En una madrugada emprendieron el viaje, mientras la luna llena derramaba a raudales su plateada luminosidad, permitiendo ver el río y el monte cercanos, primer obstáculo a vencer.

El paso, naturalmente profundo, se veía acrecido por las copiosas lluvias caídas hacía pocos días. Pasaron primero los jinetes comprobando la profundidad del cauce.

Hundieron los bueyes sus fuertes pezuñas en el fondo arenoso. Inclinando el amplio testuz, impulsaron la carreta que se sumergió hasta la altura del eje. Nacieron olas de plata al agitar las ruedas las tranquilas aguas.

Acababan de transponer el monte cuando el siempre bello espectáculo de la salida del sol cambió el tinte argentado de la aurora en oro puro, que se reflejaba en las nubes y en el agua. Era un amanecer de ensueño, orquestado por centenares de pájaros que entonaban sus cantos a pesar del chirrido que producía el pesado vehículo.

Los niños, noveleros y curiosos, se admiraban de todo, lanzando exclamaciones de júbilo ante la perspectiva del largo peregrinar.

El plan trazado de antemano se cumplía sin inconvenientes. Marcharían hasta las once; pasarían el medio día en algún arroyo que pudiera brindarles agua, sombra y frescura. Descansarían personas y animales durante algunas horas, continuando luego hasta la puesta del sol, o algo antes si encontraban un lugar apropiado para acampar.

En estos casos pronto se oía el chisporrotear de la leña al encenderse; en instantes hervía el agua y el mate cebado en un gran porongo con yerba misionera, tonificaba deliciosamente los ánimos decaídos en la inmovilidad a que se veían sometidos durante la marcha del arcaico vehículo.

La madre preparaba rápidamente la cena que era consumida en instantes a la débil luz crepuscular. Los niños se acostaban enseguida y algo más tarde los mayores hacían lo propio.

A la siguiente madrugada la gran fogata encendida por el padre templaba el aire, mientras la madre despertaba a la prole. Pronto el café con fariña calentaba los estómagos.

Entre tanto los bueyes eran uncidos y nuevamente la marcha continuaba al tardo paso de las bestias y el acompasado chirriar de ruedas y eje.

De cuando en cuando la monotonía del paisaje se veía alterada por la presencia de venados camperos que, luego de mirar con curiosidad, se alejaban dando elegantes saltos, rápidos y graciosos.

Sobre el límpido cielo veraniego solía proyectarse el desplegar de alas de bandadas de garzas rosadas, de patos silvestres o de cigüeñas que describían círculos a gran altura procurando localizar nuevos charcos en los que esperaban encontrar el diario sustento.

En horas del amanecer y al anochecer era dable observar cantidad de grandes liebres trotando despreocupadamente en

las proximidades, o sentadas en completa inmovilidad, contemplaban la rara presencia de la carreta marchando por tan poco frecuentados parajes.

Otras veces era la presencia de un tatú o una mulita los encargados de matizar con una nota distinta la somnolencia del viaje cansino. Cuando era posible, estas piezas de apreciada carne eran capturadas, a fin de introducir una agradable variante en la cotidiana comida de charque con fariña y con porotos.

El papá solía entretener las obligadas horas de ocio pescando en los arroyos. Eran frecuentes las buenas piezas obtenidas con aparejo. Hábilmente preparadas por la mamá, pese a los medios precarios, eran justamente gustadas por todos...

El paso de Ricardiño en el río Cuareim les permitió, después de muchos días de marcha, volver a pisar tierra de la patria añorada. Los cantos rodados multicolores oprimidos por las ruedas anchas y pesadas producían agradable murmullo, verdaderas notas musicales para los oídos de los mayores. Éstos tenían clara noción del significado de la palabra patria. En esos momentos era para su esperanza como una flor que se abría generosa ofreciéndoles sus colores y su aroma.

Levantaron un hermoso rancho, pulcro y alegre, próximo al arroyo Cuaró. Trabajaron con tesón en faenas pastoriles. Enviaron sus hijos brasileños a una escuela uruguaya. Aquel acontecimiento fue un abrazo más de dos pueblos hermanos unidos por profundos sentimientos afectivos y de mutuo respeto.

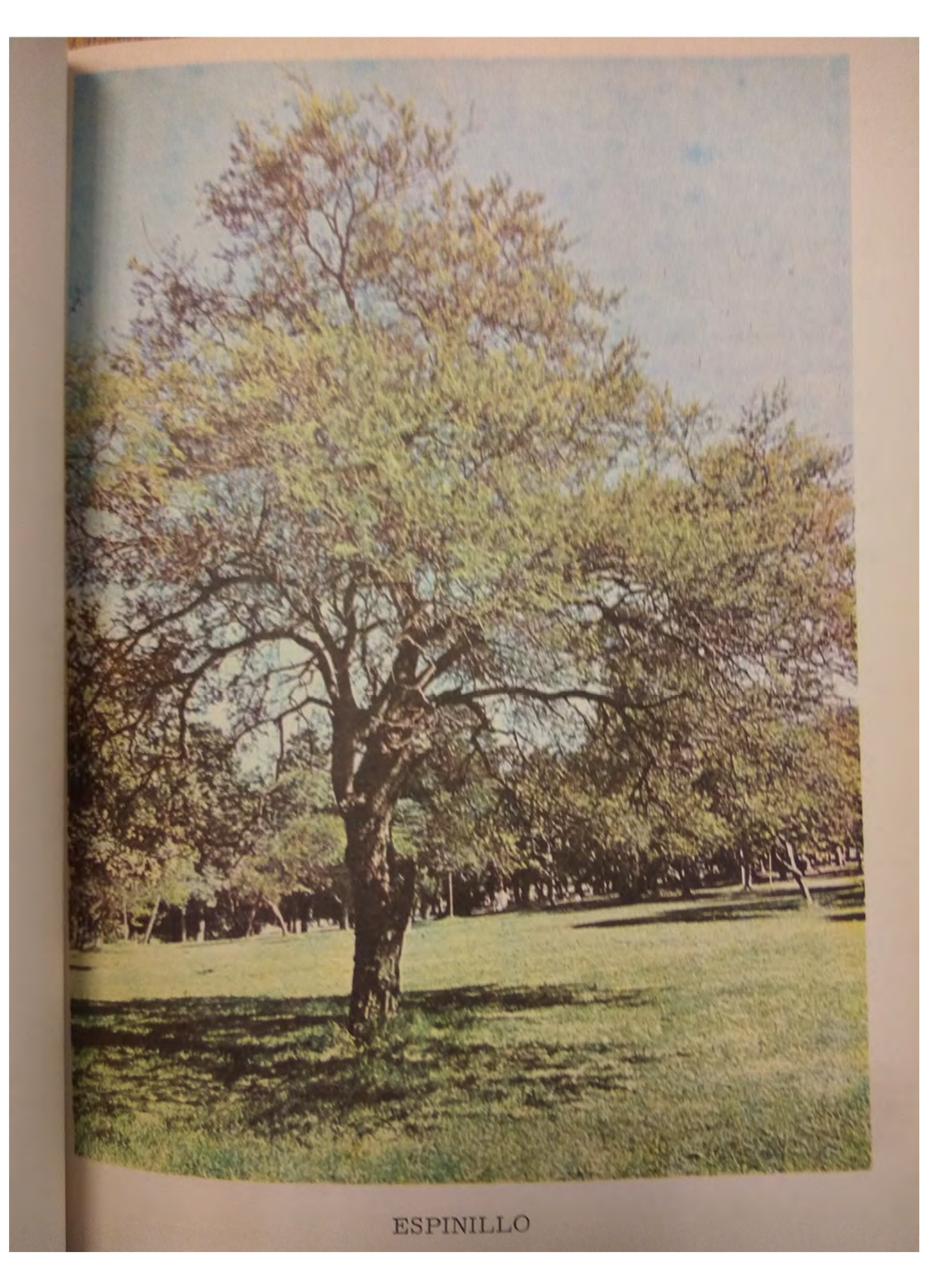


RANCHO

(Ilustración Miguel González Cámpora)

21

ESPINILLOS



ESPINILLO

Alguna vez he dicho: en el aparente desorden imperante en la ubicación de los árboles en un monte existe un orden determinado que raramente, mejor diría, nunca se altera.

Es así que en la mayoría de los montes silvestres que bordean los innúmeros cursos de agua que riegan generosamente nuestro suelo, encontramos, invariablemente, en primer término la barrera que la espinosa ramazón de la avanzada de espinillos opone a quien intente penetrar en el intrincado edén de aves y animales salvajes.

Es de poca importancia la sombra que ofrece cualquier estación del año.

Sin embargo, no es excepción en el milagro primaveral. Se cubre de perfumados pompones amarillos exhibiéndose como "un candelabro de mil luces doradas", según la galana expresión del desaparecido poeta nativista Fernán Silva Valdés. Sorprende la opulenta inflorescencia que se presenta súbitamente, de la noche a la mañana, no gradualmente como ocurre con casi todas las especies.

Ofrece entonces un maravilloso espectáculo al ostentar su ramaje todo dorado exhalando un perfume delicado y agradable que desde lejos es dable apreciar.

Su roja y dura madera, codicia de monteadores, permite obtener buenos postes para alambrados y cantidad de la mejor leña, apta tanto para los tradicionales fogones campesinos, como para las estufas que decoran el ambiente e irradian calor confortable en las mansiones ciudadanas.

Su condición de árbol generoso nos brinda color y perfume mientras integra el paisaje. Abatido por los certeros golpes de hacha del monteador, arde en brasas y consumiéndose,su calor hace placenteras las invernales veladas hogareñas.

Sus numerosas espinas no le proporcionan suficiente protección; es árbol actualmente en franca regresión. Extensiones considerables de espinillares han desaparecido. Cosa semejante ocurre con algarrobos y ñandubays que la imprevisión e incomprensión van paulatinamente eliminando del característico paisaje uruguayo.

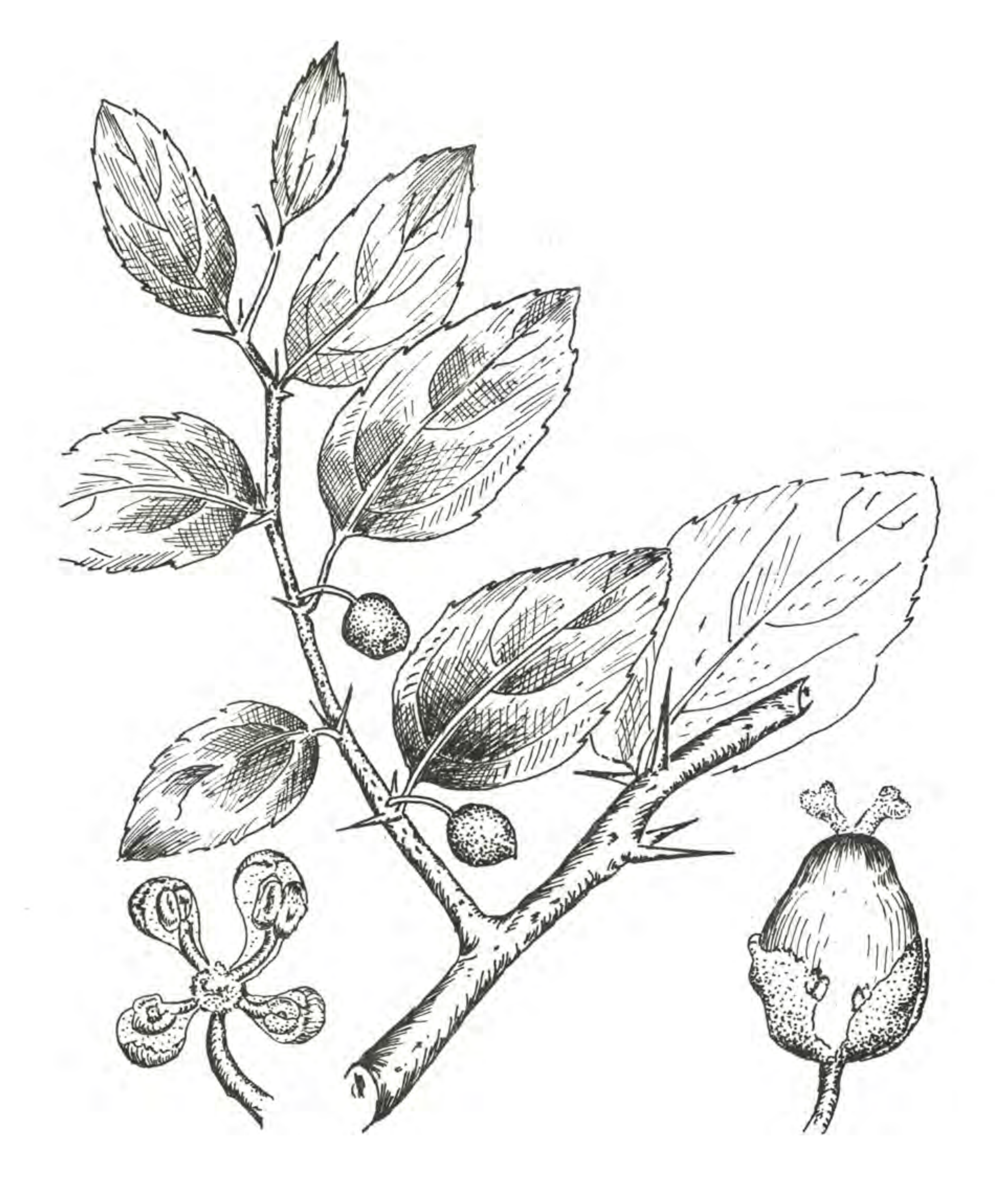
Lástima grande que no se tomen medidas urgentes que eviten la total desaparición de estos típicos ejemplares de nuestra flora.

Debería declararse al espinillo, árbol nacional como genuino representante de la flora autóctona.

Tendría que ser cultivado en escuelas rurales, locales policiales y aun en establecimientos ganaderos y agrícolas. Su presencia sería siempre grata y expresaría el buen gusto de quienes se tomaran la pequeña molestia de dedicarle los mínimos cuidados que su natural fortaleza y rusticidad hacen prácticamente innecesarios.

22

LA FLOR DE LA ORACIÓN



TALA

(Dibujo por Miguel González Cámpora – Fuente: Flora Arbórea y Arborescente del Uruguay, de Atilio Lombardo)



CHINGOLO

(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

Llegamos al monte del arroyo Grande en horas del mediodía de un ocho de diciembre.

Un corpulento guabiyú nos dio la bienvenida ofreciéndonos el perfume exquisito de sus millares de blancas florecillas y la frescura rumorosa de su deliciosa sombra.

Miríadas de rubias abejas y pequeñas avispas negras zumbaban entre la tupida ramazón, libando el néctar de las diminutas corolas.

Desde todas direcciones cantidad de torcazas dejaban oír su amoroso arrullo. Los zorzales, embriagados de sol, ofrecían sus más dulces arpegios a la compañera anidada en la umbría.

Pasaban picaflores surcando el aire como liliputienses aviones de esmeralda en velocísima picada.

Miles de cigarras ponían, con el vibrar de sus élitros, la música de fondo de este feérico espectáculo de color, de música, de armonía...

Acalorados por la faena de descargar y acampar, nos dirigimos presurosos al arroyo. Allí nos daríamos el delicioso chapuzón tónico y refrescante.

Las límpidas aguas se deslizaban perezosamente bajo la sombra de un grupo de sauces. Impulsados por suave brisa, sumergían rítmicamente sus colgantes ramas como brazos de gigantes que buscaran en la linfa atemperar el calor canicular de la hora.

El monte era ralo en ese sitio: algunos altos sauces y otros tantos talas, bajo los cuales las pitangas conservaban aún la dulzura de los últimos frutos de la estación.

Matas de rama negra y otros arbustos ocultaban nidos de chingolos, que saltaban y revoloteaban a nuestro paso, sin alejarse. Se veían además gran cantidad de plantas, al parecer moribundas por el calor agobiante sobre el lecho de arena. Nadie les prestó la mínima atención.

A la tarde, luego de un reparador asado y una siesta compensadora de las horas restadas al sueño en la madrugada, los compañeros partieron a la caza y a la pesca.

Permanecí solo, tendido en un perezoso, el espíritu libre de preocupaciones. Escuchaba embelesado cantos y trinos. Individualizaba por el oído cada especie que los emitía. Distinguía el agudo silbido del mirlo; las escalas "in crescendo"de los cardenales; las inconfundibles voces onomatopéyicas de los benteveos; trinar de tijeretas y el incesante parloteo de las hermosas e inquietas urracas azules. Otra multitud de voces y gorjeos formaban un todo delicioso y armónico.

Deleitábame el rumor de la floresta, que sólo oye quien lo ama y sabe escucharlo. Respiraba a pleno pulmón el aire puro y perfumado.

En dulce modorra, entre dormido y despierto, se pasaron las horas sin notarlo, olvidado de esa pérfida maquinita que nos esclaviza en la ciudad y que llamamos reloj.

Ya anochecía cuando me dispuse a juntar leña, hacer provisión de agua y preparar los faroles y el fuego para la cena de pescado, de rigor en estos casos.

Tomando los baldes plegadizos de lona impermeable, me dirigí al arroyo. Pronto tuve la sensación de haberme extraviado. No pude localizar la franja de arena cubierta de plantas moribundas.

En cambio encontré un magnífico jardín, donde cientos de flores de un color amarillo suave como el de la luz que produciría una veladora de escasa potencia, llenaban el ambiente de color, a la vez que lo inundaban con un dulce, delicado y suave perfume.

Me detuve lleno de asombro ante el milagro de la Naturaleza. Las plantas casi muertas habían revivido como por arte de encantamiento. Voló mi imaginación a los tiempos de mi niñez; solía salir a correr por el campo a la hora del crepúsculo a fin de obtener un ramo de las preciadas flores para ofrecérselas a mi madre.

Eran mis antiguas amigas, las flores de la oración que surgían ante mí trayéndome un cúmulo de lejanos y gratos recuerdos, junto con la nostalgia de pretéritos tiempos felices.

Esas son las más puras delicias del "camping", las más dulces, las que traen más suaves emociones y elevan y confortan el espíritu.



CARDENAL

(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

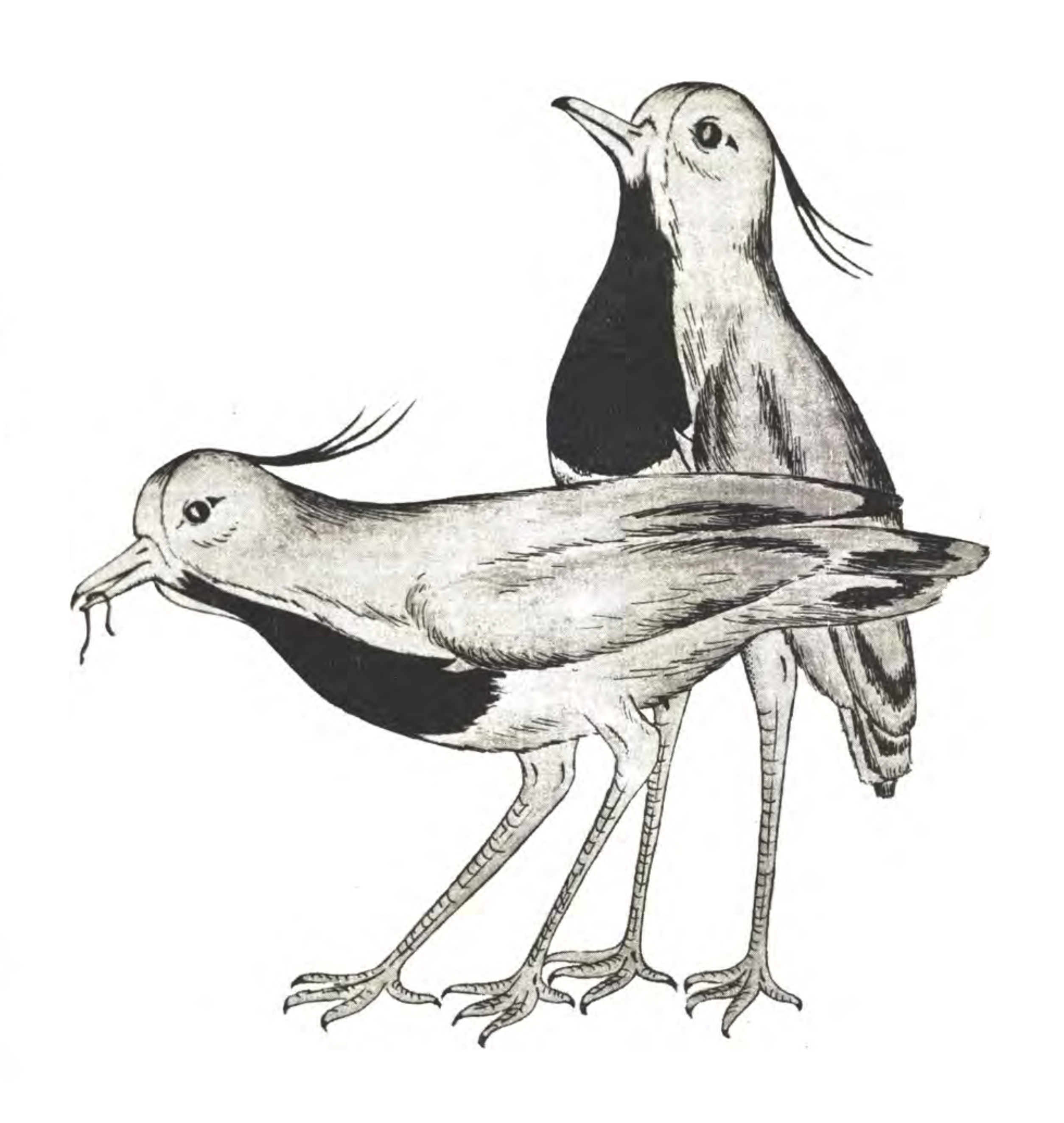


BENTEVEO

(Ilustración María Carmen Mullin Díaz
"Crónicas sobre Pájaros", de César M. Rappalini)

23

ORIGINAL CAMPEONATO



TERUTEROS

Bello era el paisaje que rodeaba aquella escuelita rural situada en la cima de elevada colina.

Montes de naranjos aromaban el aire con el exquisito perfume de sus millares de azahares,firme presagio de la futura dulzura de las frutas de oro. Entre sus ramas pululaban multicolores variedades de pájaros musicalizando el ambiente con sus trinos melodiosos.

Abundaban los terrenos cultivados. Allí los cultivos de maní prodigaban sus frutos subterráneos que las voraces liebres solían buscar al pie de las plantas generosas.

El girasol ofrecía sus grandes panejas amarillas que se llenaban de aceitosas semillas ávidamente procuradas por palomas y cotorras.

Los sembrados de trigo y de maíz ocupaban buenas extensiones constituyendo dulces promesas de abundantes cosechas.

Más allá estaban las extensiones de sandías y melones ofreciendo la delicia de sus azucarados frutos.

A continuación la línea oscura y serpenteante del monte autóctono ocultando en la fronda la fresca y clara corriente del arroyo poblado de peces hermosos y exquisitos.

Placenteros eran los baños donde la claridad del agua rivalizaba con la frescura deliciosa ofrecida por la sombra de coposos sauces.

En ese ambiente bucólico, tan lindo y tan nuestro, crecían los niños que asistían a la escuela del lugar.

Entre la variedad de juegos que imaginaban para divertirse inocente y deliciosamente, organizaron uno que originó el título de esta narración. Consistía en la búsqueda de nidos de teruteros para recoger los huevos que son manjar exquisito. Es difícil encontrarlos pues las aves los mimetizan en forma perfecta. Se requiere entrenamiento, habilidad y buena vista para localizar los nidos. Es un verdadero deporte campesino la recolección de los pintados huevecillos. La finalidad de los competidores era otorgar el título de "Campeón de los Teros" al que encontrara durante un mes, mayor cantidad de huevos. Todos los participantes llevaban el contralor de la cosecha, que se realizaba en base a la buena fe y confianza en la veracidad de la palabra empeñada que todos se enorgullecían en mantener.

En resumen: era un juego sano y fructífero que desarrollaba los sentidos y la rapidez mental, a la vez que encerraba un sentido moral en la exactitud de las informaciones y en el ambiente de compañerismo que reinaba entre todos los contendientes.

24

CABALGANDO



VACAS PASTANDO

(Reino Animal N°23 Edit. Ramón Sopena S.A.)



PERDIZ

Promedia el mes de octubre.

Los campos ostentan el máximo verdor de los pastizales. Pronto el sol les brindará el dorado ropaje de la madurez.

Las perdices están en plena postura. Diariamente depositan en sus nidos muy ocultos en matas de pasto, sus hermosos huevos de color morado. Es grato contemplarlas al borde de los caminos, el cuerpo rígido y la cabeza levantada llamando a la compañera con sus sonoros y agradables silbidos.

Los ñandúes emiten de rato en rato sus voces guturales que se escuchan a gran distancia. Se les ve en pequeños grupos de hembras siguiendo a un macho que conduce su harén.

Los arroyos y lagunas suelen estar llenos. Sus aguas cristalinas permiten visualizar los peces en su casi permanente peregrinar por los cauces en procura de alimentos y de lugares apropiados para el próximo desove.

Los pájaros están en celo y sus cantos incesantes forman agradable concierto que los caraús y gallinetas interfieren con sus gritos característicos.

Los vacunos y lanares bajan con paso lento hasta las aguadas en tanto que las manadas de potros retozan y relinchan en la cima de las soleadas colinas.

Todo es animación en el campo y en el monte. Resulta muy agradable cabalgar por lomas y valles al paso del corcel mientras disfrutamos las bellezas del paisaje y del cielo de

añil. El aire tibio y perfumado produce un estado de bienestar indescriptible.

En inolvidables y placenteros domingos hemos disfrutado todos los encantos que nos brinda la Naturaleza, tentando las tarariras en las lagunas con nuestros aparejos de boya y observando las evoluciones de los grupos de ñandúes que, próximo al mediodía se dirigen disimuladamente a sus nidos.

De esta manera es posible encontrar una nidada con cantidad de enormes huevos de un hermoso color amarillo brillante los que son muy frescos y algo más pálidos los que tienen varios días. Esta es la parte positiva y utilitaria de la larga cabalgata. Al cúmulo de placeres diversos que vamos experimentando se agrega la perspectiva de grandes y sabrosos bizcochuelos.

La resistente cáscara nos permite portar los huevos sin riesgos de fracturas colocándolos en simples bolsas de arpillera, que acomodamos en el recado sin mayores precauciones.

Aún falta agregar el deleite de un mediodía en el monte a orillas del arroyo. Allí preparamos el rico asado de cordero mientras el mate amargo constituye el más genuino aperitivo criollo.

Los aparejos, como es natural, están en el agua convenientemente vigilados. Con frecuencia la corrida de un dorado o el pique característico de una tararira nos distraen momentáneamente de nuestra actitud contemplativa. Ágilmente to-

mamos el aparejo intentando aferrar el pez que ha picado y un nuevo placer se suma a los muchos gozados a través de las dulces horas transcurridas.

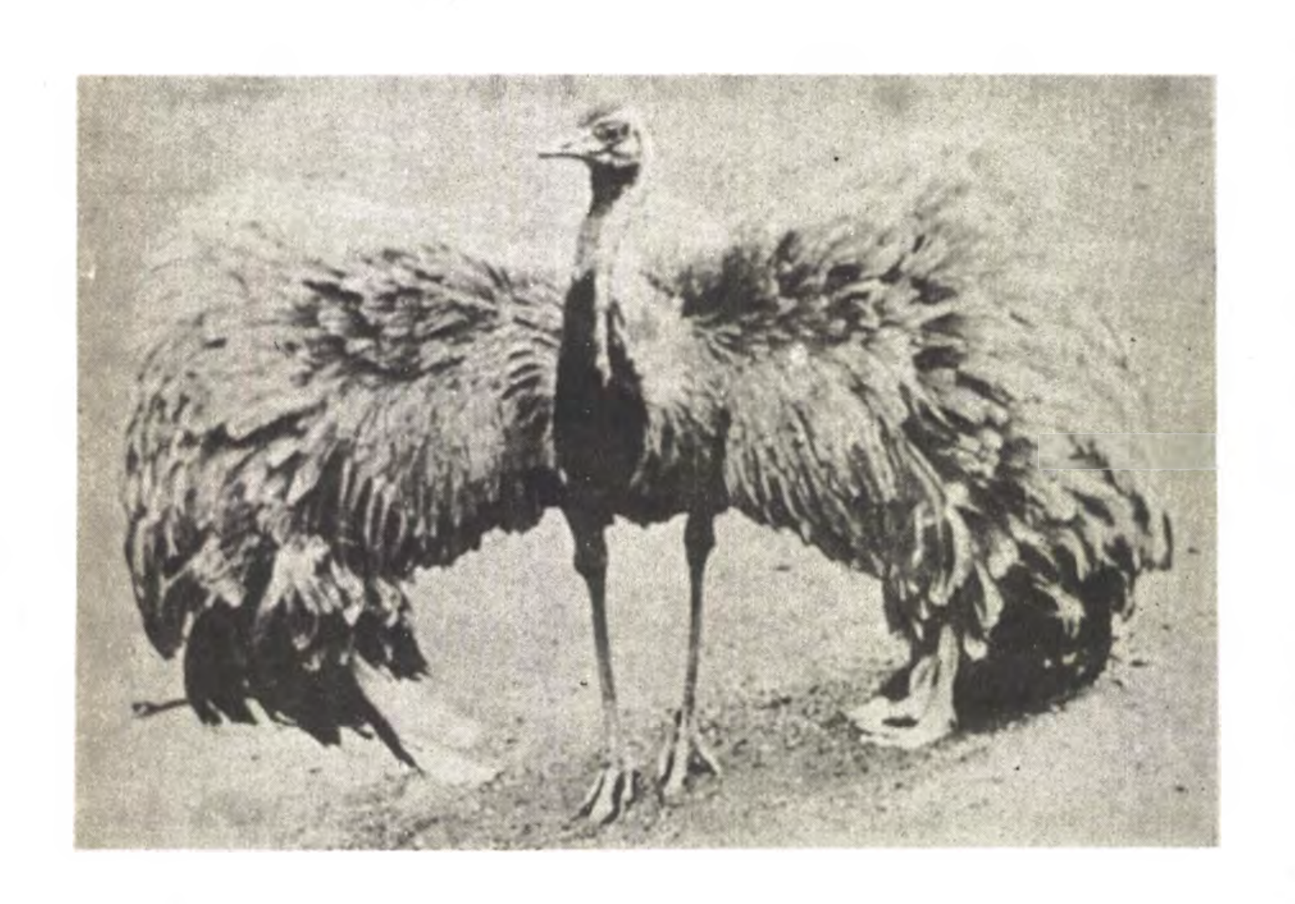
Luego de una agradable siesta en el recado, a la sombra de los árboles, es el momento de practicar natación en el arroyo profundo.

Después, parsimoniosamente, ensillamos los caballos y emprendemos el regreso cuando el sol, bajo ya, sombrea las colinas y retrata su disco de oro en el espejo de las lagunas.



CAMPO DE TRIGO

("Viva el Uruguay", por Fernando O.Assunçao.Foto : Alfredo Testoni)



ÑANDÚ

(La Vida de los Animales, de León Bertin.Editorial Labor S.A.)

25

E L T R O M P O



TROMPOS

(Ilustración Miguel González Cámpora)

La asistencia de alumnos era buena en aquella escuelita "chacarera", humilde y pobre.

Varios alumnos tenían que madrugar para recorrer los siete kilómetros que mediaban entre la Escuela y la ciudad. Vendían allí productos de huerta, huevos y algún pollo no siempre suficientemente nutrido como para el consumo.

Realizada su labor comercial, regresaban presurosos para asistir a las clases. Con frecuencia disfrutaban de la comodidad que les brindaba la camioneta del director, que se convertía en una abigarrada mezcolanza de niños y canastos que éste se complacía en trasportar hasta el local escolar.

Allí se servía al alumnado un almuerzo caliente y apetitoso como complemento indispensable al alimento espiritual que los maestros se empeñaban en trasmitir.

Durante el tiempo destinado al recreo las niñas se divertían realizando cantos y danzas. Los varones practicaban fútbol o jugaban entusiastamente a los trompos.

Del montón de niños alborotadores y alegres, se destacaba uno morocho y flacucho que no participaba de los juegos. El director acostumbraba vigilarlos de cerca y muy pronto notó la anomalía. Dirigiéndose al niño solitario y triste le interrogó sobre el motivo de su aislamiento, a lo que éste contestó: "Yo no tengo trompo; pero estoy ahorrando centésimos para comprar uno y una chaura".

El maestro sintió oprimírsele el corazón ante la asombrosa revelación. Alentó con palabras esperanzadas al pobrecito

carente de juguetes y presuroso se dirigió a sonar la campanilla para reiniciar las tareas.

Al día siguiente a temprana hora se encontraron en el camino, alumno y maestro. Éste le entregó un paquetito que traía preparado para él, diciéndole que no debía abrirlo hasta la hora del recreo.

Llegado el momento ansiosamente esperado el niño, impaciente, se apresuró a abrir el regalo cuyo contenido ya había adivinado. Se trataba de una chaura y un hermoso trompo "bandera" como los llamaban los niños a los que ostentaban los colores azul y blanco de la enseña patria.

Imaginen la emoción del niño ante la presencia del juguete soñado. No menor fue la que experimentó el maestro al escuchar las entrecortadas palabras del chico agradeciendo el obsequio...

Pasaron años, muchos años. El niño se hizo hombre y el maestro se convirtió en un viejo jubilado.

Un día en las calles de Montevideo, en una parada de ómnibus, se encontraron el antiguo maestro y una persona a quien no conocía que le tendió la mano amigablemente al tiempo que decía: "Maestro, yo soy el niño del trompo de la escuela de ...

Se le humedecieron los ojos al viejo dómine ante la emoción producida por aquella demostración de afecto tan sencilla como sincera.

26

EL OMBÚ



OMBÚ

("Viva el Uruguay", por Fernando O.Assunçao.Foto : Alfredo Testoni)



OMBÚ

(Dibujo por Miguel González Cámpora-Fuente: Flora Arbórea y Arborescente del Uruguay, de Atilio Lombardo)

Con estridencias de clarín un gallo deja oír su voz, preludio de alborada. Lanza la lechuza su postrer graznido antes de dirigirse a su refugio subterráneo.

El zorrino, perfumista fracasado, se apresura a penetrar en su madriguera.

Se escucha el grito onomatopéyico del vigilante terutero a medida que las refulgencias estelares se desvanecen.

Una luz difusa y muy tenue asoma por oriente. Empiezo a distinguir vagamente la silueta de los árboles.

Hay uno en el horizonte que atrae mi mirada. Es el gallardo ombú de nuestras lomas, verdeante atalaya señalando interminables derroteros.

Vuela mi pensamiento hacia épocas pretéritas. A la sombra protectora y amiga del árbol secular veo los primeros gauchos. Aquellos de robusto e incansable brazo, empuñando alternativamente y con igual brío, el facón y la lanza, símbolo de libertad, que el lazo y el arado, firme promesa de nuestra grandeza futura.

Así fue como esos centauros con arranques de heroísmo y fe de predestinados, fueron forjando los cimientos de la nacionalidad.

Gracias a los titánicos esfuerzos de esos paladines, no existe para nosotros esa alternativa.

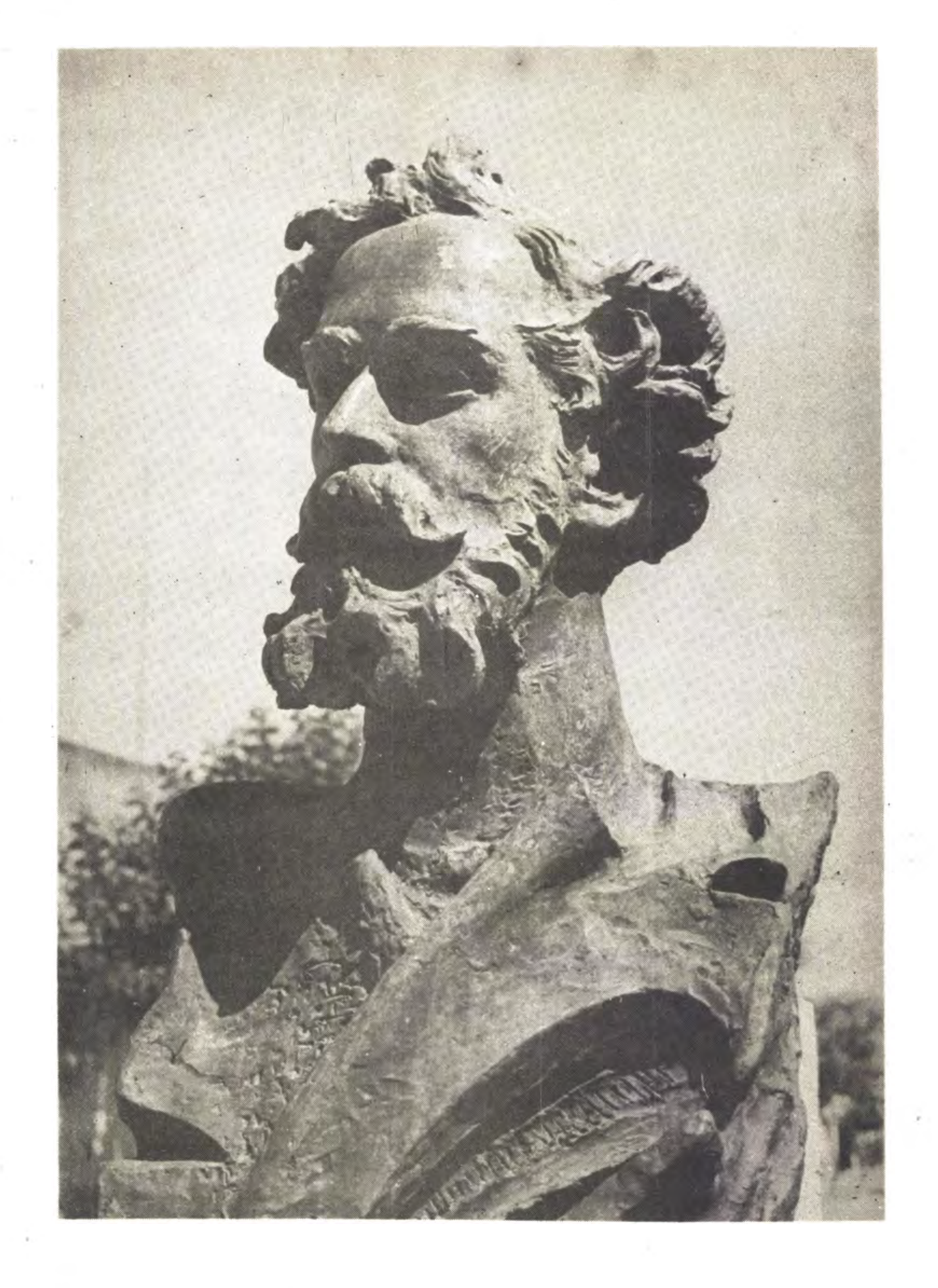
Ya que no necesitamos empuñar el hierro homicida, tomemos con ardor el noble hierro fecundante del arado. La madre Tierra, al sentirse desgarrada, pródigamente dejará brotar de su seno riquezas a raudales, para dicha de los que sienten la alegría del trabajo.

Agigántese el ejército de los soldados del arado transformando monótonos horizontes. Huirán para siempre de ellos, la desocupación y la miseria. Permanecerá sí el monumento natural y viviente del ombú:

"Copudo, sombrío, verde
y casi siempre solo;
arriba anidan los pájaros;
abajo anidan los hombres".

27

D I B U J A N T E



JOSÉ PEDRO VARELA

(Busto por Pedro Serrano, en la ciudad de Fray Bentos.
Foto: Rodolfo Mauri)

Aquel alumno de sexto año de Primaria, en cuanto se refiere a la aplicación y aprovechamiento, era uno de los tantos que integraban la legión de los calificados como buenos. De ahí no pasó; no solía obtener notas sobresalientes ni se destacó en ninguna materia de estudio.

Sobresalía sí, netamente, en lo concerniente al dibujo. Desde muy pequeño, aun antes de ingresar a la escuela, ya se entretenía dibujando monigotes, animales y escenas camperas que sólo él comprendía. En realidad no hacía nada concreto, pero lo interpretaba a su manera y se sentía feliz con sus garabatos.

Era la vocación que presentaba sus primeras manifestaciones.

Al contrario de la mayoría de los niños de su edad, que preferían las crayolas de brillante colorido, nuestro dibujante en ciernes jamás abandonaba su lápiz "Faber" con el que pretendía ofrecer contrastes de luces y de sombras. Obstinadamente continuaba dibujando y perfeccionándose en la producción de sus trabajos.

A la altura en que lo presentamos ya impresionaba a sus compañeros y a sus maestros que ocasionalmente veían alguna de las producciones que prolijamente llevaba en la mano, arrolladas debidamente.

Tenía entre sus compañeros numerosos admiradores; pero también adversarios envidiosos tal vez de sus éxitos, que no perdían oportunidad de buscar motivos de crítica o de bur-

la cuando éste, orgullosamente presentaba una de sus nuevas creaciones.

Una mañana, a la entrada de la escuela se encontró con el Director de la misma que le preguntó:

- ¿Qué contiene la cartulina que llevas?

El niño, sonrojándose, contestó:

- Es un retrato de Varela.

Luego de examinar detenidamente el trabajo y gratamente impresionado por la perfección del dibujo, exigió del autor le manifestara con toda sinceridad si alguien le había ayudado.

- He trabajado solo, Sr. Director.

Entonces éste le pidió que se lo prestara por unos instantes, quedándose con el "tesoro" mientras el autor sin saber qué pensar, sorprendido y azorado ingresó a su clase.

El Director recorrió todas las salas exhibiendo el excelente trabajo, ensalzando la capacidad artística de un alumno de la Escuela.

Finalmente llegó en su recorrido a la clase del niño dibujante. Sin citar para nada al autor, tuvo elogiosos conceptos para el mismo.

Los envidiosos adversarios de siempre aplaudían entusiastamente y mirando al niño que no salía de su estupor, le decían:

- ¡Éste sí que sabe dibujar!

- ¡Éste te mató!

Cuando se restableció el orden en la clase, volvió a hablar el Director:

- El artista que realizó este trabajo magnífico tomando como tema la imagen del Padre de la Escuela Uruguaya, está entre nosotros: es el alumno N.B.

Aplausos unánimes premiaron el triunfo del niño que, emocionado, agradeció el homenaje y la nobleza de que hicieron gala los que hasta entonces habían sido sus detractores.

Lo que termino de narrar es totalmente verídico y ocurrió en la Escuela de Varones de la ciudad de Artigas, (1) hace ya bastantes años.

---

(1) Hoy "Escuela Artigas".

28

TIRO DE LAZO



ENLAZADA

(Ilustración Miguel González Cámpora)

Era una fría aunque soleada tarde del mes de agosto.

Un viento sur traspasaba las deficientes prendas de abrigo de los peones.

En la estancia "La Coronda" se realizaba la tarea de bañar mil novillos correntinos, de altas patas y desmesurada cornamenta, tan distintos al ganado de este lado del río Uruguay, de patas cortas y en su totalidad mochos o descornados. Era ganado chúcaro que por primera vez ingresaba al brete que los conduciría al bañadero conteniendo el saludable baño preparado con un producto garrapaticida.

Esta operación se realizaba con la finalidad de libertarlos de los perjudiciales parásitos y evitar, de esta manera, que infectasen la invernada que les estaba reservada.

La operación era extremadamente peligrosa, pues con frecuencia un feroz novillo se "empacaba" y sólo era posible introducirlo al brete, enlazándolo y conduciéndolo a viva fuerza hasta la entrada del tubo.

Eran frecuentes las arremetidas de las bestias bravías. Felizmente no tenían otra consecuencia que dar oportunidad al gaucho embestido de demostrar su sangre fría y su coraje. Esperaba a pie firme la atropellada del animal esquivándolo en el momento preciso. Asiéndolo de una guampa, gracias a su fuerza hercúlea, lo desviaba en la dirección correcta, ayudado por dos o tres compañeros que instantáneamente se incorporaban para dar buen término a la tarea. El rojo disco del sol

se aproximaba al ocaso; el viento amainaba lentamente como seguro indicio de la gran helada que se produciría en la noche cercana. Se apresuraba el trabajo para terminarlo antes que anocheciera. Ya se ponía el sol cuando se realizó la última embretada.

Nadie se había apercibido de que en un rincón del gran corral un novillo había permanecido rezagado contemplando la escena con ojos de fuego.

En esas circunstancias un hombre entró al corral para recoger el lazo. Lo tomó y caminando tranquila y parsimoniosamente fue arrollando el útil instrumento de trabajo sin apercibirse de la presencia del peligroso cornúpeto que lo acechaba. En un instante arremetió contra el desapercibido peón. Cuando ya le daba alcance, la armada de un lazo arrojado desde distancia por el certero brazo de don Franco, enlazador de ley, caía exactamente sobre los cuernos del novillo. Contuvo así la arremetida en el momento que la potente cornamenta rozaba la camisa del que habría de ser su víctima. Arrastrándolo rápidamente con su caballo, don Franco condujo al furioso animal hasta el brete en medio de los víctores de sus compañeros y el estupor del que protagonizó el episodio sin enterarse de que su vida estuvo por instantes a merced de los cuernos de la fiera.

29

TRISTEZA INVERNAL

PALACIO LEGISLATIVO

El invierno se presenta frío y lluvioso. La vida vegetal, aparentemente muerta, muestra los paraísos con sus ramas desnudas alzándose hacia el cielo como brazos en actitud suplicante.

Los pájaros buscan un precario refugio bajo el alero de las casas.

El ganado reunido en espontáneo rodeo, se apretuja dando la espalda al cierzo helado y a la pertinaz llovizna que cae en forma incesante.

Desde hace varios días el sol, esquivo, no muestra su costumbrero disco dorado y sonriente.

Una débil luminosidad uniformemente gris ceniciento envuelve el paisaje con su tinte opaco y melancólico.

Las aves han enmudecido y un triste y pesado silencio reemplaza las notas lumínicas y sonoras de otros días.

Una infinita tristeza envuelve cuerpos y almas mientras que un opresor desgano espiritual aleja los pensamientos. El embotamiento de las ideas es la tónica de esos momentos de inexplicable congoja.

En el galpón de la estancia los perros se arriman al rescoldo de la fogata semi apagada en procura del agradable calorcito, en tanto que las gallinas amontonadas en un rincón permanecen en una quietud silenciosa, dormitanao con la cabeza bajo el ala.

Las gruesas gotas se deslizan perezosamente por techos y troncos produciendo la impresión de lágrimas desprendidas al influjo de un profundo pesar...

Un prolongado bostezo, los ojos que se entornan y luego el sueño que, cual esfumino gigantesco, suaviza los rasgos de aquel cuadro de desolación que presenta el deslizar de horas y horas sombrías y lúgubres en que "hasta el cielo se ha puesto a llorar".

30

C A C H I M B A



CACHIMBA

(Ilustración Miguel González Cámpora)

Han pasado cuarenta años desde que vi "nuestra" cachimba por última vez. Conservo, sin embargo, nítida su imagen como una joya preferida del tesoro de mis recuerdos más gratos.

Estaba ubicada en la ladera de una verdeante colina descendiendo en suave pendiente hasta la cañada próxima que mis niños empleaban como pileta de natación, aprendiendo en ella a dar las primeras brazadas y zambullidas. También allí se ejercitaban en la pesca empleando sus lindos mojarreros y un pequeño aparejo que posibilitaba la obtención de tarariras. Llevaban una regla para medirlas. Tenían orden terminante de devolver al agua todos los ejemplares que no alcanzaran la longitud señalada, evitando de esta manera una acción depredadora que desde pequeños les fue inculcada.

No era grande ni profunda la cachimba, pero alimentada por alguna poderosa corriente subterránea, se conservaba completamente llena.

Su agua cristalina permitía contemplar los rosados huevecillos de caracoles adheridos a sus paredes como si fuesen masas de corales en una cala diminuta.

Matas de berros con su color verde oscuro orlaban sus orillas que una rústica armazón de madera protegía de la aproximación de los animales del campo.

Espejeaba el sol en su superficie al tiempo que iluminaba el fondo tapizado de multicolores piedrecillas. En la noche las estrellas se retrataban en el agua dormida, mientras las ranitas verdes dejaban oír sus cric, cric sonoros y agradables.

Hasta allí llegaba el trillado sendero trazado por las ruedas de la rastra del barril que lo recorría todas las mañanas conduciendo el vital elemento.

El negrito Ernesto era quien realizaba esta tarea mientras masticaba su grande y sabrosa galleta que rápidamente desmenuzaba con su blanca y fuerte dentadura.

Esta descripción de algo simple y vulgar podrá carecer de interés para gran parte de lectores; pero los que han vivido en el campo donde crecieron sus hijos bajo los amorosos cuidados de la mamá, inseparable compañera de todos los instantes, los que los vieron hacerse hombres útiles, honestos y patriotas, estoy seguro de que en la intimidad de su ser, sentirán una lejana y dulce emoción al revivir escenas semejantes mil veces repetidas a lo largo y a lo ancho de nuestra querida y risueña campiña uruguaya.

31

D U Q U E



CABALLO CRIOLLO

(Enciclopedia de los Animales.Edit. Abril - Noguer - Rizzoli - Larousse)

Era mi caballo favorito desde que, recién domado, pasó a integrar la caballada que poseíamos.

Era un ejemplar típico de la raza criolla, dócil, sobrio y resistente. Tenía un hermoso pelo rosillo que se destacaba por su uniformidad.

Se acostumbró a mi trato, obedeciéndome dócilmente. Era yo la única persona que lo agarraba en el campo.

Fue mi compañero casi permanente de interminables cacerías. Habiéndose acostumbrado a las detonaciones, no se espantaba de ellas, permitiéndome tirar sin desmontar. También lo acostumbré a acompañarme al paso mientras yo caminaba tratando de aproximarme a una pieza codiciada cuando ésta se encontraba distante. Gracias a esta condición, escudándome tras él, pude muchas veces acercarme a venados y otras piezas ariscas hasta ponerme a tiro.

En viajes largos, de muchas horas de duración, trotaba y galopaba incansablemente con su andar suave y cómodo.

Yo poseía una buen "apero" que Duque lucía gallardamente llevándome en los largos viajes que me gustaba realizar proporcionándome verdadero placer como si se tratara de un deporte.

Con frecuencia hacía viajes nocturnos disfrutando de la luminosidad estelar con su serena belleza o la claridad de la luna llena que vestía de plata todo el paisaje, permitiendo la contemplación de animales de hábitos nocturnales que tornaban más animada y atractiva la marcha.

Esto sucedía en tiempos de mi primera juventud, continuando después que contraje matrimonio.

Llegaron los hijos y todos ellos aprendieron a montar merced a la mansedumbre y docilidad del noble animal.

Duque se hizo viejo. Por motivos que no interesan vendí los demás caballos y vacunos que poseía, permaneciendo en mi poder sólo Duque y un tordillo trotador que tiraba de una jardinera cuando la conflagración mundial nos dejó sin combustible para el automóvil.

Terminada la contienda, vendí tordillo y jardinera. Los hijos ya crecidos manejaban el auto y sus bicicletas.

Entonces resolvimos "jubilar" a Duque. Para esto contraté un chasque que lo condujo hasta el campo de mi madre en Paso de León, lugar de su nacimiento, con el expreso pedido de que no lo ensillaran bajo ningún pretexto, conservándolo en un buen potrero. Allí vivió algunos años más hasta que se extinguió su noble y abnegada existencia.

32

G U I T A R R E A N D O



GUITARRA

("Martín Fierro", por José Hernández, Cidegraf Argentina)

Con grandes heladas y por consiguiente con frío intenso se iniciaba aquel mes de junio.

El sol ya había levantado la blanca sábana que en la noche cubrió campos y plantíos.

Detrás de las casas, al amparo del suave viento sur que empezaba a soplar, los primeros invitados iban formando rueda sentados en bancos de rústica artesanía, mientras el mate amargo, cordialmente servido, era saboreado con fruición por la concurrencia.

En el centro del patio ardía una gran fogata que produciría las brasas para asar los hermosos costillares que se veían colgados en las ramas de un paraíso.

Era una reunión chacarera de gente joven y alegre. Aprovechaban el domingo para deleitarse con los acordes de las guitarras que varios de ellos pulsaban con inspiración y maestría.

Las notas del instrumento criollo parecían más dulces, sonoras y armoniosas en aquel ambiente autóctono.

El folklore regional comenzó a desgranar sus bellas y felices estrofas y el "Canto al río Cuareim", pleno de imágenes certeras y llenas de encanto, ambientó la reunión haciendo brotar en el ánimo de todos, las dulces emociones evocativas del terruño amado.

Guitarristas y cantores fueron desfilando entre since-

ros y entusiastas aplausos de la concurrencia. Era una verdadera fiesta de confraternidad, sin ánimo alguno de competencia, donde cada uno ponía su capacidad y su inspiración al servicio de una camaradería y amistad sinceras.

Alentador en alto grado era el repertorio que iba desarrollándose con breves intervalos por todos aprovechados para hacer elogiosos comentarios y rememoraciones de aconteceres pretéritos.

Era un selecto grupo de jóvenes sanos de cuerpo y de espíritu que cantaban inspirados temas patrióticos, narraciones de rico sabor local y pinturas de ambientes que constituían verdadero deleite espiritual.

Un acuerdo tácito, un palpitar unísono de patrióticos sentimientos unía en fuerte haz toda aquella juventud.

Demostraba con su actitud, el arraigado sentimiento de Patria, tan grato a los orientales de verdad, a los que conocemos y amamos el credo del Patriarca Artigas y contemplamos con unción el flamear de la bandera blanca y celeste, símbolo de libertad, patriotismo y democracia...

El asado estaba a punto y el momento era propicio para dar un descanso a las cuerdas vocales.

Sin embargo, la alegría continuó en las notas del Pericón Nacional que un trío de guitarras ejecutó con excelsa maestría.



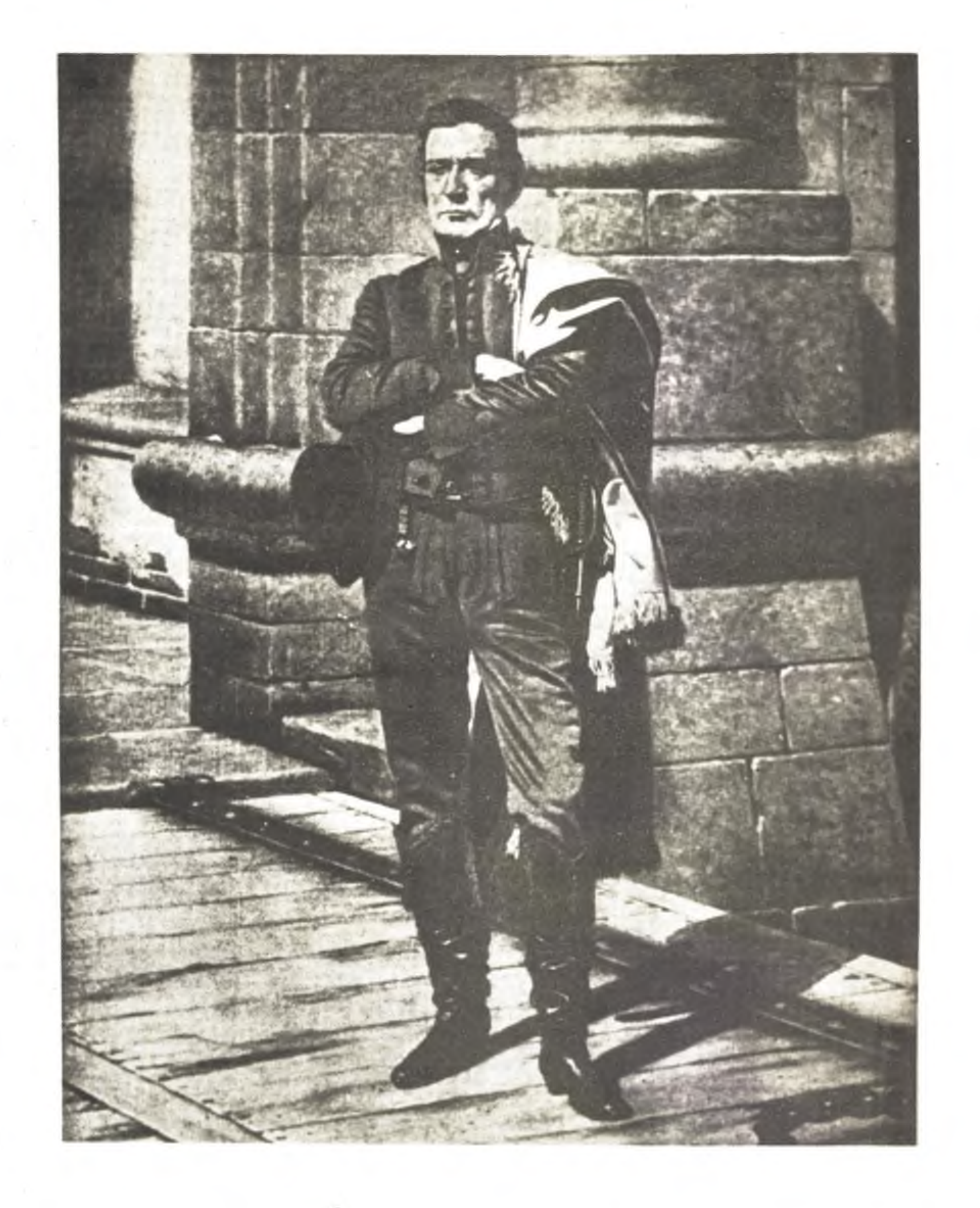
BANDERA NACIONAL

(Ilustración Miguel González Cámpora)

En tanto la concurrencia saboreaba el rico asado preparado por la experta mano de un gaucho veterano.

Se escucharon chamarritas, valses, estilos, vidalitas hasta muy avanzada la tarde. No faltó, como es natural, el tango, la clásica música ciudadana,la más evocativa y verdadera expresión de la musa rioplatense.

Luego el regreso a la ciudad con el espíritu retemplado y el corazón rebosante de dulces y sinceras emociones.

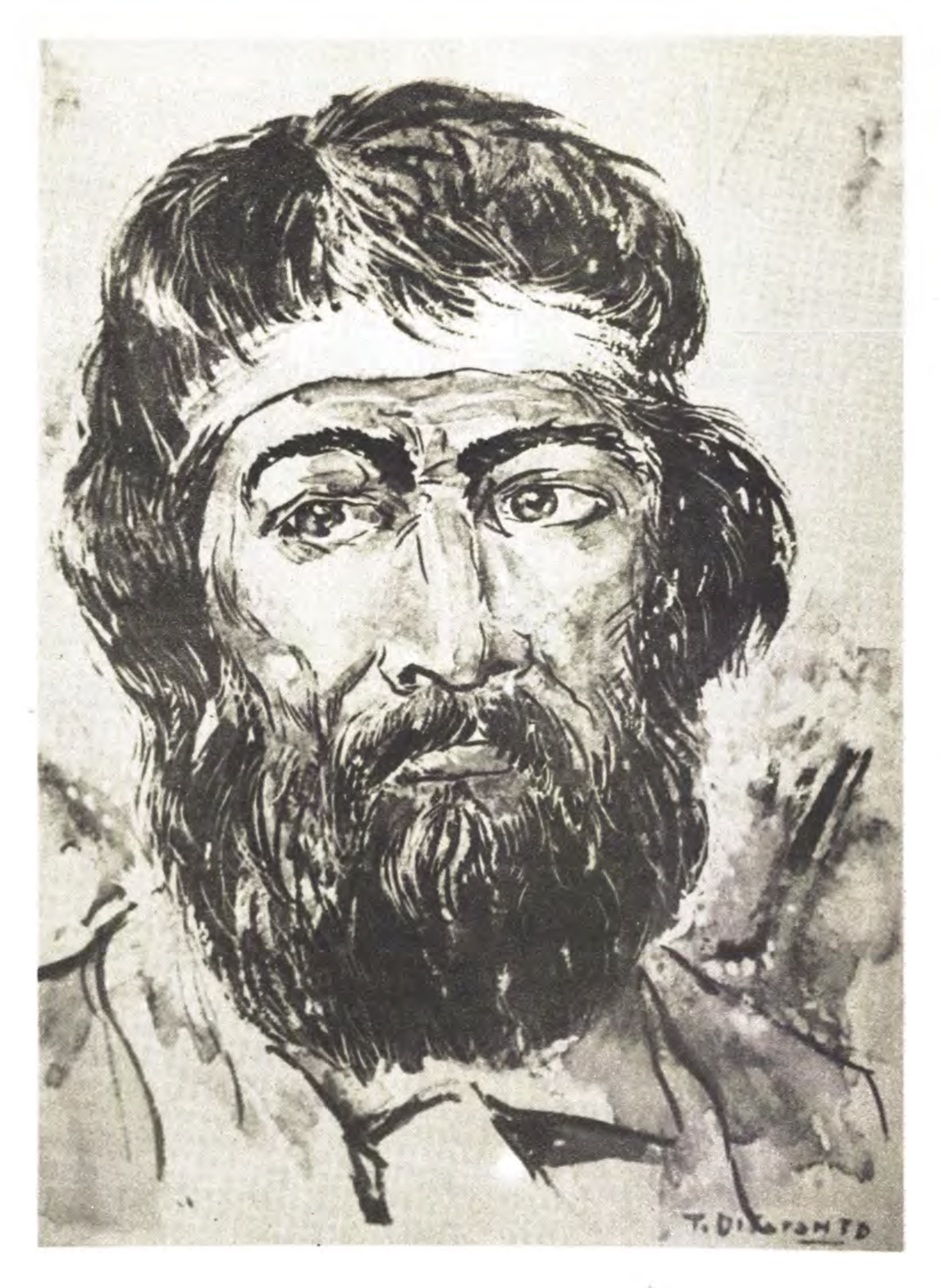


JOSÉ ARTIGAS

(Óleo de Juan Manuel Blanes)

33

M O N O L O G A N D O



MARTÍN FIERRO

("Martín Fierro", por José Hernández.Cidegraf Argentina)

Evoco aquí dos libros de mi predilección: "El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha" y "El gaucho Martín Fierro".

Cervantes crea en su obra inmortal dos personajes universales: Don Quijote y Sancho Panza.

Quijote simboliza el altruismo en grado superlativo. Su pensar y su proceder son elevados y generosos. Bajo el influjo del más puro ideal, transforma una vulgar "Maritornes" en la sin par Dulcinea del Toboso.

Ve caballeros de alta alcurnia, caídos en desgracia,en viles galeotes que se cruzan en su camino.

Su valor temerario lo impele a la lucha contra los molinos de viento, que el Caballero de la Triste Figura toma por gigantes poderosos y crueles.

Al idealismo quijotesco, rayano en la demencia, supo Cervantes oponer el antídoto del positivismo de Sancho Panza. El fiel escudero ve siempre las cosas a través de su congénita simpleza.

Intenta hacer razonar a su amo, disuadirlo de sus fantásticos sueños de quiméricas realizaciones.

Sancho Panza carece de ideales. Obra al influjo de una vida vegetativa, chata, carente de poesía, huérfana de goces espirituales.

Pero, cosa extraña para muchos; a pesar de los caracteres tan dispares del Caballero y del Escudero, éste sirve fielmente a su señor. Tal vez soñando, que los simples también sueñan a su modo, con la ínsula prometida.

Quijote es la encarnación de un ideal. De imposible realización; pero de proyecciones elevadas y bellas. Y la naturaleza humana, tocada por una chispa divina, nos impulsa a seguirlo.

A través de estos pensamientos puedo explicarme que los gauchos rioplatenses herederos de la hispana hidalguía, sintieran un intuitivo y profundo sentimiento de amor a la libertad y culto a la justicia.

Frente al godo poderoso, bien armado y disciplinado, los gauchos eran los quijotes de la gloria, enfrentando al gigante con sus lanzas de tacuara y el escudo de su pecho varonil.

Aun sin comprender la grandiosidad de la empresa, y menos aún su significado histórico, siguieron en actitud homérica a sus gloriosos caudillos.

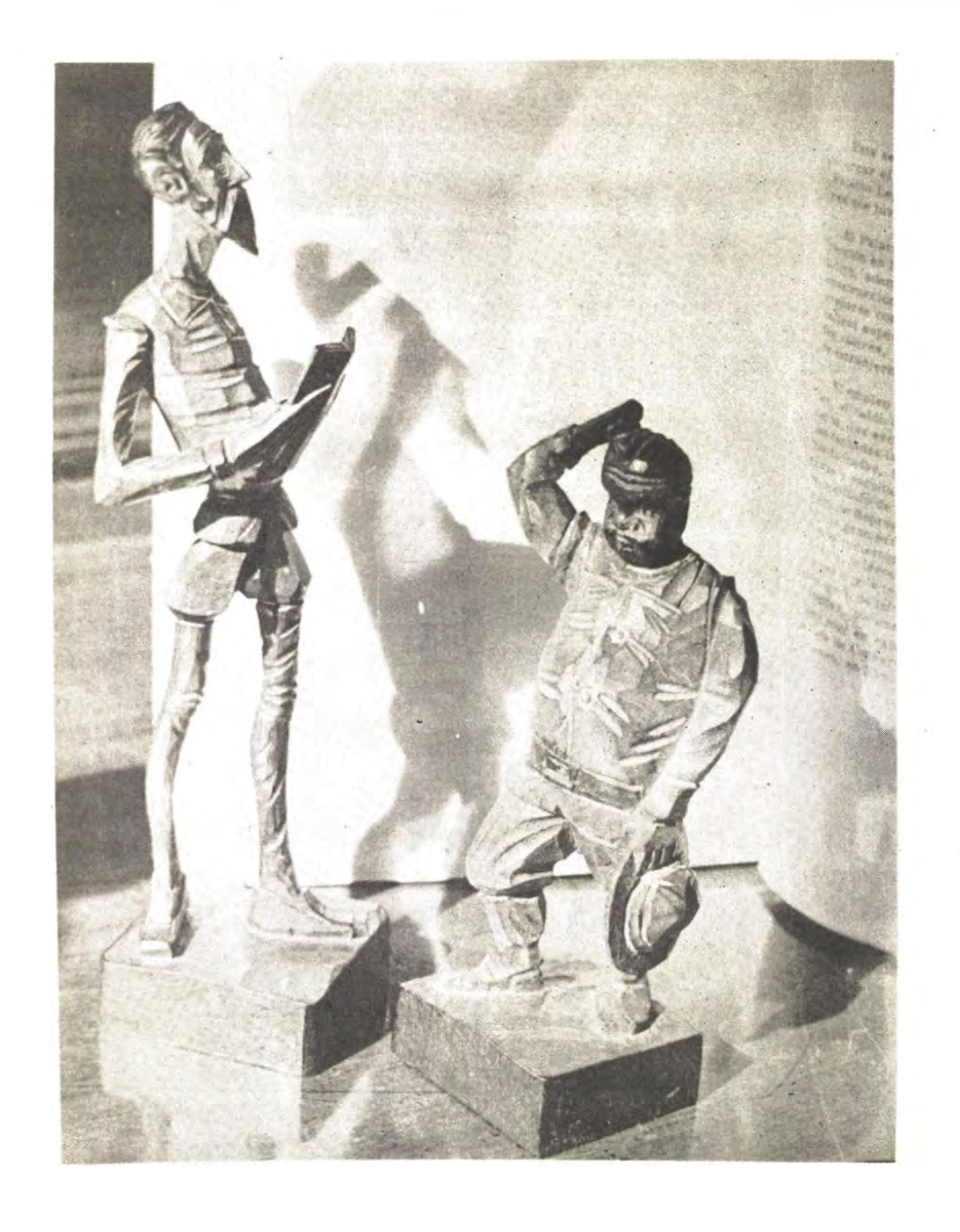
No podemos pretender que el cacique Vaimaca comprendiera la grandeza de su gesto magnífico al incorporarse con sus charrúas a las huestes patriotas. Solamente la intuición, ese rasgo sicológico de tan profundas raíces en los pueblos primitivos, explica el impulso generoso.

José Hernández, como Cervantes, nos presenta dos figuras descollantes entre los "muñecos humanos" de su obra, Mar-



QUIJOTE

(Foto Rodolfo Mauri)



QUIJOTE Y SANCHO PANZA

(Foto Rodolfo Mauri)

tín Fierro, el protagonista indiscutible y el Viejo Vizcacha.

Ambos acaparan la atención del lector y los comentarios durante las mateadas alrededor del fogón galponero, en los crudos y melancólicos atardeceres invernales.

Martín Fierro es el gaucho perseguido por una justicia equivocada, fruto del tiempo y del medio. Honrado siempre, siempre veraz; firme en sus convicciones; filósofo y poeta a su manera.

Sabe exteriorizar en su lenguaje característico las bellezas de la Naturaleza. Acompañándose con la guitarra canta sus emociones empleando expresiones certeras y felices.

Es el ángel bueno de la obra, comparable a sus contemporáneos de las patriadas que sólo matan por necesidad y en legítima defensa.

Martín Fierro nunca robó. Arriesgó su vida por defender a la mujer castigada en forma despiadada y brutal por un indio. Cuidó con cariño fraterno a su amigo Cruz cuando éste enfermó y murió de viruela.

El Viejo Vizcacha entra en escena cuando el segundo hijo de Martín Fierro narra las vicisitudes de su niñez. Es el Sancho Panza que atempera la euforia de los idealistas guerreros gauchos.

Pienso que José Hernández quiere, en cierto modo, frenar los impulsos extremadamente nobles y generosos de sus héroes.

Coloca ahí al Viejo Vizcacha con su filosofía positivista. Con este personaje el autor da más variedad y especialmente naturalidad a su narrativa. Nos aleja por un instante de un mundo de idealidad y nos muestra la otra cara de la moneda, con la excepción que confirma la regla.

Entre jocoso y grotesco pinta al Viejo Vizcacha montado en un moro "bichoco", en contraposición al "moro de número" que poseía Martín Fierro.

Emplea el Viejo Vizcacha expresiones que exprimen acertadas observaciones:

"Nunca llegués a parar donde veas perros flacos".

"Hasta la hacienda baguala cae al jagüel con la seca".

"La vaca que más rumea es la que da mejor leche".

Son ejemplos del pensar de este viejo malicioso e interesado.

Esos son los personajes protagónicos de los autores aludidos. En ellos he pretendido hallar cierta similitud: Quijote y Martín Fierro. Con él todos los gauchos en el recto sentido del vocablo.

Sancho Panza y el Viejo Vizcacha, polos opuestos a los primeros y que contribuyen a dar a ambas obras la naturalidad que hemos encontrado en toda producción de verdadera jerarquía.



VIEJO VIZCACHA

("Martín Fierro"por José Hernández.Cidegraf Argentina)

185147

ÍNDICE

		Página
	Dedicatoria	5
	Prólogo	7
	Introducción	9
1 -	Ceibos	13
2 -	Cachilas	17
3 -	Tapera	21
4 -	Areneros	25
5 -	Chimangos	29
6 -	Cinacinas	33
7 -	Helada	39
8 -	El Chasque	45
9 -	Lechuza	51
10 -	Pitangas	55
11 -	Pelea de toros	59
12 -	Monteadores	63
13 -	Pirinchos	69
14 -	Clavel del aire	73
15 -	Madrugada en la estancia	77
16 -	Ágatas y amatistas	81
17 -	Camioneros	89
18 -	Tijeretas	93
19 -	Sauces	97
20 -	Viaje en carreta	101
21 -	Espinillos	107
22 -	La flor de la oración	111
23 -	Original campeonato	117
24 -	Cabalgando	121
25 -	El trompo	127
26 -	El ombú	131
27 -	Dibujante	135
28 -	Tiro de lazo	141
29 -	Tristeza invernal	145
30 -	Cachimba	149
31 -	Duque	153
32 -	Guitarreando	157
33 -	Monologando	163



El presente libro se terminó de imprimir en junio de 1978, en la División Reprografía del Palacio Legislativo, sede del Consejo de Estado, órgano legislativo de la República Oriental del Uruguay.

Depósito Legal Nº 121.061/78.

leccionados para ser leído en público y que, más tarde, fuera publicado en "Anales de Instrucción Primaria". Este tema que domina con amplia versación, fue uno de sus preferidos y repetidas veces se ocupó del mismo en la década del 40, en la audición "El alma de nuestra campaña", emitida por Radio Carve.

La prensa artiguense publicó en sus páginas muchas colaboraciones de Carlos Brazeiro, especialmente en temas literarios.

Participante en el primer concurso nacional para direcciones de escuelas rurales, entre varios cientos de aspirantes ocupó el segundo lugar, lo que le brindó la posibilidad de elegir la escuela. Fiel a sus principios de servir en primer término a su departamento, eligió la escuela de Tamanduá, donde su labor durante años dejó profunda huella. Ocupando esa dirección se acogió en 1951 a los beneficios de una bien ganada jubilación.

Pero su actividad intelectual continuó, publicando en 1973 el libro "Por Campos y Montes", que tuvo gran aceptación y hoy, nos entrega "Acuarelas de mi Tierra", donde, una vez más, vuelca su sensibilidad y sus conocimientos en páginas repletas de cosas nuestras, enfocándolas con el sentido positivo, hasta alegre podríamos decir, con que realmente deben mirarse y entenderse.

